

//pág. 157//

Una arqueología de los paisajes: perspectivas y tendencias

Kurt F. Anschuetz¹, Richard H. Wilshusen² and Cherie L. Scheick³

Ref. bibliográfica:

Anschuetz, Kurt F. *et alii* (2001): "An Archæology of Landscapes: Perspectives and Directions". *Journal of Archæological Research*, vol. 9, nº 2, pp. 152-197.

Introducción

Los fundamentos intelectuales en que se basan los enfoques contemporáneos del paisaje en Arqueología se pueden rastrear, al menos, desde la década de los años veinte (Stoddard y Zubrow, 1999, p. 686; se debate más adelante). Pese a su alcance histórico en el desarrollo de la disciplina, hasta los actuales enfoques sobre el paisaje éste se incluía mayoritariamente dentro de la investigación arqueológica, con objeto de proporcionar un telón de fondo donde destacar y evaluar los restos materiales (Knapp y Ashmore, 1999). Hoy en día, como resulta evidente revisando los resúmenes de las reuniones anuales de la *Society for American Archæology* de la década pasada, //pág. 158// los arqueólogos están usando, cada vez más, el término *paisaje* en las portadas de los informes sobre sus trabajos. No obstante, aún existen interpretaciones no aceptadas unánimemente de lo que son (o deberían ser), los estudios sobre el paisaje. Por ejemplo, los autores utilizan una multiplicidad de referencias sobre el paisaje que enfatizan respectivamente los aspectos naturales (p. ej.: ecológicos, geomorfológicos, hidrológicos) o culturales (p. ej.: tecnológicos, organizativos y cosmológicos) del entorno humano.

La amplia variabilidad en la utilización arqueológica del *paisaje* hace aparecer, a primera vista, la cuestión de si esa palabra conserva un significado pertinente para la práctica arqueológica. Es decir, ¿se ha convertido el "*paisaje*" en un simple sinónimo de "*medio ambiente*" o de "*patrón de asentamiento*" (p. ej.: véase el análisis de Whittlesey, 1997, p. 19). Es posible que, a la espera de un concepto único de paisaje, los investigadores hayan desarrollado esta imprecisión terminológica y esta multiplicidad de enfoques como resultado de la falta de una base teórica clara.

¹ Río Grande Foundation for Communities and Cultural Landscapes, Santa Fe, Nuevo México 87504-8617. Correspondencia a: P.O.Box 8617, Santa Fe, Nuevo México 87504-8617; correo electrónico: kanschuetz@aol.com.

² University Museum, University of Colorado, Boulder, Colorado 80309-0218.

³ Southwest Archaeological Consultants, Inc. Santa fe, Nuevo México 87504-8617.

La Arqueología no está sola en el enfrentamiento con el reto de las diferencias terminológicas y conceptuales que existen entre las varias aproximaciones al paisaje. En las ciencias sociales occidentales se pueden rastrear tensiones intelectuales importantes, inherentes al concepto de paisaje, desde los debates de finales del s. XIX, dirigidos por Friedrich Ratzel y Emile Durkheim (Hirsch, 1995). Investigadores, ambos, que veían la sociedad desde perspectivas organicistas.

Como geógrafo, Ratzel se centró en el estudio de cómo los grupos humanos se extendieron en el espacio y se diferenciaron unos de otros según la relación con la propiedad impuesta por sus respectivos entornos (Buttimer, 1971, p. 28; Gregory, 1994a, p. 18). Para Durkheim, que veía a la sociedad como el producto de una forma de conciencia colectiva formada por marcos institucionales, las relaciones humanas con su hábitat natural son un asunto indirecto (Buttimer, 1971, p. 28). Dadas estas tradiciones intelectuales, no sorprende que el concepto de paisaje en la Geografía y otras Ciencias Naturales tenga una multiplicidad de significados que se deslizan a lo largo del *continuum* naturaleza-cultura (p. ej.: ver Cosgrove, 1985; Hart, 1995; Jackson, 1984; Roberts, 1987; Stilgoe, 1982; Thomson, 1995b).

La abundancia de enfoques y terminologías sobre la utilidad de los conceptos de paisaje en Arqueología no es simplemente el resultado de un préstamo inadecuado de una idea singular, bien desarrollada, de otra disciplina. Hasta la fecha, tal y como ha sido a lo largo de más de un siglo, es la naturaleza principal de la relación entre las personas y el espacio que ocupan.

Consideramos que el rápido crecimiento que en la pasada década experimentó el uso de los conceptos sobre el paisaje es síntoma de un cambio significativo en el pensamiento arqueológico predominante. Knapp y Ashmore caracterizan esta diferencia como “que lo que en un tiempo se teorizaba como un telón de fondo, pasivo, determinante forzoso de la cultura, es visto, hoy en día, como una entidad activa y mucho más compleja en relación con las vidas humanas” (1999, p. 2). Dentro de esta revisión en curso de las relaciones entre naturaleza y cultura, sobre cómo las comunidades humanas transforman un espacio físico en un lugar lleno de contenido (Hirsch, 1995; Tuan, 1977; se debaten más adelante), las aproximaciones al paisaje presentadas //pág. 159// en recientes compendios (p. ej.: Ashmore y Knapp, 1999; Bender, 1993a; Crumley y Marquardt, 1987; Carmichael *et al.*, 1994; Field y Basso, 1996a; Fisher y Thurston, 1999a; Hirsch y O’Hanlon, 1995; Thomson 1995a; Ucko y Layton, 1999) establecen marcos para la construcción de una Arqueología de “lugar” más sintética.

Como observan Fisher y Thurston (1999b, p. 631), algunas de las investigaciones sobre el paisaje más altamente productivas afloran a partir de perspectivas teóricas complementarias. Los enfoques del paisaje permiten a los investigadores acomodar, si no integrar, perspectivas teóricas diversas, incluso si esos constructos entran en tensión unos con otros. Mediante esta característica, un enfoque de paisaje, definido explícitamente, podría facilitar el puente entre la Arqueología procesual y la postprocesual.

El propósito de esta reseña es examinar la atracción que los conceptos paisajísticos ejercen actualmente sobre los arqueólogos. Para completar el trabajo, consideramos dos cuestiones básicas: ¿qué es el paisaje? y ¿porqué en la Arqueología son apropiados los en-

foques paisajísticos para construir una comprensión más completa de los procesos culturales e históricos?

Por razones de organización, nuestro trabajo contiene cinco secciones. La primera introduce el paradigma paisajístico y sus premisas subyacentes. A su vez, estos principios proporcionan los fundamentos para evaluar la utilidad de un determinado enfoque de paisaje en un estudio arqueológico. Nosotros sostenemos que un enfoque de paisaje es apropiado para el objetivo arqueológico de explicar el pasado de la humanidad, mediante su capacidad de reconocimiento y evaluación de las relaciones dinámicas e interdependientes que las personas mantienen con las dimensiones físicas, sociales y culturales de su entorno a través del tiempo y el espacio. Un enfoque de paisaje también es apropiado para salvar la división entre la práctica arqueológica y los intereses de la Arqueología, en muchos casos intereses públicos; incluyendo los de las comunidades indígenas que de forma creciente hacen oír su voz en debates sobre la interpretación y la gestión de su patrimonio.

En la segunda sección, se examina la ontogenia de los conceptos paisajísticos en su historia dentro de las ciencias sociales, incluyendo la Geografía, la Antropología Cultural y la Arqueología. Nuestra intención es demostrar que la centralidad del contexto cultural del paisaje es ambas cosas: un registro material de patrones de conducta dentro del contexto de un entorno específico, y una construcción simbólica (de Olwig, 1996).

En la tercera sección, se examina la compatibilidad histórica entre conceptos paisajísticos y práctica arqueológica común. Es decir, los arqueólogos, implícita y formalmente, vienen incorporando en sus estudios aspectos de un enfoque de paisaje. Se sugiere que la Arqueología está bien adaptada para aplicar un paradigma integral del paisaje, más explícita y productivamente que otras ciencias sociales, incluyendo la Geografía, en virtud de su capacidad de combinar perspectiva antropológica y alcance temporal.

La sección cuarta explora algunos de los elementos y aplicaciones de las ideas sobre el paisaje de la literatura actual, que contribuirán a la definición de un //pág. 160// paradigma del paisaje más ampliamente comprensivo.

En la última sección se considera el papel de un enfoque de paisaje en las actuales tendencias y direcciones de la investigación arqueológica. Mediante el desarrollo de una Antropología de lugar coherente, la Arqueología aparece bien situada para contribuir a la construcción de un paradigma del paisaje y al desarrollo de las metodologías apropiadas para su aplicación. El enfoque también facilita un diálogo entre arqueólogos y comunidades tradicionales.

Un paradigma del paisaje y su utilidad para la Arqueología

Un paradigma es un conjunto de asunciones de trabajo, procedimientos y conclusiones que definen un modelo de investigación sobre la naturaleza de nuestro conocimiento del mundo o de alguno de sus aspectos (Véase Clark, 1993; Masterman, 1970; cfr. Kuhn, 1970). Un paradigma del paisaje para uso arqueológico, sin embargo, corresponde al dominio de un paradigma-constructo de base, más que al de los dominantes paradigmas meta-

físicos de Kuhn (1970) o al de los paradigmas sociológicos de nivel intermedio (Masterman, 1970, p. 65). Mientras que los paradigmas metafísicos consisten generalmente en una manera de ver que organiza la percepción para afirmar o establecer el contenido de una disciplina científica (Masterman, 1970, pp. 65, 68-76), los paradigmas sociológicos se refieren a logros científicos concretos, aceptados por comunidades divergentes (Masterman, 1970, pp. 66-68). Los paradigmas-constructo, en comparación, son metodológicos, porque son sistemas de estrategia, y herramientas para enfocar tipos concretos de investigación científica, y para interpretar lo que hacen (Masterman, 1970, p. 70). De acuerdo con estas definiciones, un paradigma del paisaje “se define más por lo que *hace* que por lo que *es*” (Whittlesey, 1997, p. 20, resaltado en el original; véase también Masterman, 1970, p. 70).

Cuatro premisas interrelacionadas proporcionan el fundamento principal de un paradigma del paisaje:

- 1.- Paisaje no es sinónimo de medio ambiente. Los paisajes son sintéticos (Jackson, 1984, p. 156): los sistemas culturales estructuran y organizan las interacciones entre las gentes y su medio ambiente (Deetz, 1990; ver también Ingold, 1993, p. 152; Tuan, 1977, pásim; Thompson, 1995b p. XI; Zube, 1994, p. 1). Como observa Cosgrove, “paisaje significa mundo exterior mediatizado por la experiencia subjetiva del hombre” (1985, p. 13). Knapp y Ashmore añaden que, al mediar entre naturaleza y cultura, los paisajes son “una parte integral del *habitus* de Bourdieu” (1999, p. 20; en cursiva en el original).
- 2.- Los paisajes son un mundo de productos culturales (tomado de Boone, 1994, p. 7; ver también Norton, 1989; Thompson, 1995b; Tuan, 1977; Wagner, 1995, p. 5). //pág. 161// Las comunidades transforman los espacios físicos en lugares llenos de contenidos mediante sus actividades diarias, sus creencias y sus sistemas de valores. Taçon observa que “la experiencia, la historia, los sistemas de valores, la circunstancia y las elecciones individuales, todas ellas juegan su papel en cómo un paisaje. . . se describe” (1999, p. 34). Como consecuencia, un “paisaje no es meramente el mundo que vemos, es una construcción, una composición de ese mundo” (Cosgrove, 1985, p. 13). Así, un paisaje no es lo mismo que un “entorno edificado”, que nos remite a una construcción física diseñada (tomado de Domosh, 1995 pp. 48-49; Foote, 1995, pp. 294-295). Los paisajes representan “una manera en la que. . . la gente se ha expresado, a ellos mismos y a su mundo, mediante sus. . . relaciones con la naturaleza, y mediante la cual ha subrayado e informado su propio papel social, y el de otros, con respecto a la naturaleza externa” (Cosgrove, 1985, p. 15).
- 3.- El paisaje es el escenario para todas las actividades de una comunidad. De esta forma, los paisajes no son solo constructos de las poblaciones humanas sino que son también el medio en el que estas mismas poblaciones sobreviven y se sustentan. El dominio paisajístico implica la existencia de un patrón, tanto en un contexto interior al lugar, como entre lugares (Binford, 1982, p. 5; Deetz, 1990, p.2; ver también Hubert, 1994). Las pautas que pueden observarse, tanto de restos materiales como de espacios vacíos, vienen de las interacciones entre el dominio de lo culturalmente organizado y las distribuciones de recursos y espacio vital no culturalmente organizadas (Binford, 1983, p.

380). Cuando los paisajes organizan la percepción y la acción, la economía, la sociedad y el pensamiento, no es que estén interconectados, son interdependientes (Véase Anschuetz, 1998).

- 4.- Los paisajes son construcciones dinámicas en los que cada comunidad y cada generación impone su propio mapa cognitivo de un mundo, antropogénico e interconectado, de morfología, planificación y significado coherente (Anschuetz y Scheick, 1998, p. 6; Jackson, 1984, p. 156; véase también Hoskin, 1955; Parcero Oubiña *et al.*, 1998, p. 174). A causa de que los paisajes abarcan principios organizados fundamentales para la forma y estructura de la actividad de los pueblos, son útiles de ambas maneras: como constructos materiales que transmiten información y como documentos históricos (Hugill and Foote, 1995, p. 20). Más aún, el paisaje, como sistema de manejo de símbolos significantes de las acciones humanas, y de los subproductos materiales que generan, ayuda a definir relaciones habituales basadas en una información diferenciada. Sin embargo, los procesos de cambio conductual a través del tiempo y el espacio tienen forzosamente como resultado un paisaje en cambio constante. Así que el paisaje es un proceso cultural (Hirsch, 1995; contra Cosgrove, 1984, p. 32).

Un paradigma del paisaje es importante en la investigación arqueológica dada su capacidad para contribuir a la resolución de varios problemas cruciales a los que, hoy en día, se enfrenta la disciplina. En primer lugar, los arqueólogos hace tiempo que reconocieron la necesidad de pasar de la investigación realizada por yacimientos al estudio de las cuestiones que plantean los cambios y variaciones regionales (p. ej.: Binford, 1982, 1983; Deetz, 1990; Fish and **//pág. 162//** Kowalewski, 1990; Struever, 1971, por nombrar unos pocos). Varios enfoques al paisaje del tipo, “*nonsite*”, “*off-site*” y arqueológico aparecieron al considerar la distribución y alcance de los restos arqueológicos que no coincidían, ni espacial ni temporalmente, con los tipos de yacimientos reconocidos. Como disciplina, la Arqueología ha carecido típicamente de suficiente amplitud y profundidad como para implementar este cambio totalmente; sin embargo, Renfrew (1982) argumenta que la experiencia en el conocimiento de las comunidades es, para los arqueólogos, tan importante como la comprensión del entorno físico. Darvill (1997, p. 168) propone la idea de que el yacimiento arqueológico pudiera continuar representando el único gran impedimento para un pensamiento interpretativo, porque el decorado y las aristas de la investigación arqueológica pueden llegar a confundirse con los modelos de actividades pasadas que actuaron en los diferentes escenarios definidos. Como hemos dicho anteriormente, un enfoque de paisaje proporciona unos marcos histórico-culturales para evaluar e interpretar observaciones diversas sobre la variabilidad espacio-temporal de la organización y estructura del registro material. Abierto a la observación empírica y a la evaluación objetiva, un enfoque de paisaje proporciona una pauta por la cual distintos investigadores con diferentes objetivos de investigación pueden contribuir, de forma colectiva, a una mayor comprensión de las pautas de adaptación y cambio culturales del pasado.

En segundo lugar, existe un descontento en muchas de las actuales explicaciones sobre la variabilidad de la conducta humana del pasado, a causa de su tipificación por la crítica postprocesual durante las dos pasadas décadas (Bradley, 1993a; Earle y Preucel, 1987; Knapp, 1996; Preucel, 1990; Trigger, 1986; Wylie, 1993a). Los arqueólogos han hecho,

incuestionablemente, contribuciones significativas a la evaluación y a la organización de las tecnologías, a la documentación de las tendencias del entorno físico y al perfeccionamiento de los métodos de datación. Desafortunadamente, la estrechez de muchos de nuestros constructos explicatorios limita la comprensión del papel conceptual del hacer humano en definir y alterar sus propias condiciones de vida. Los críticos (p. ej.: Thomas, 1993) argumentan que, en los exámenes procesuales del registro arqueológico a través del espacio, los investigadores tienden a primar la evidencia material con un estatus que es más “real” que la sociedad que lo produjo. Los individuos solo se conocen teleológicamente, a través de las obras que les han sobrevivido, en tanto que el contexto de dinámica social que los interconecta y que les imbuye un significado más allá del de simple resto arqueológico está ausente (Thomas, 1993, p. 26). Nosotros estamos convencidos de que un enfoque paisajístico ofrece estrategias y herramientas que capacitarán a los investigadores para satisfacer el llamamiento a construir un pasado poblado de personajes conceptualizados (Cowgill, 1993; Trigger, 1991; Watson, 1995), más que de “espectros despersonalizados” (Tringham, 1991) que simplemente respondieran a cualquier capricho medioambiental que se les ocurriera. Un enfoque paisajístico también proporciona un marco donde encajar las “historias populares”, que contribuyen a la diferencias observadas en el registro arqueológico (según Trigger, 1991, p. 554). En el proceso de examen de las relaciones complejas que mantienen las personas con sus entornos, un enfoque de paisaje podría ayudar //pág. 163// a unir la sima entre las perspectivas humanista y científica en la Arqueología (Lekson, 1996).

En tercer lugar, un enfoque paisajístico es relevante, en general, para cómo los arqueólogos presentan públicamente su disciplina y, en particular, para cómo interactúan con los pueblos indígenas. En su *Distinguished Lecture in Archaeology* para la American Anthropological Association, Sabloff (1998, p. 869) critica la disciplina por su fallo en servir al interés público, a mayor escala, en una forma productiva y responsable. Los paisajes sirven como medio para un diálogo cruzado entre culturas, en la construcción y reproducción de las relaciones con los yacimientos, ya que transmiten información de cómo las comunidades interactuaron con sus entornos a lo largo del tiempo. Al proporcionar un marco que legitima las interpretaciones tradicionales de las relaciones de las comunidades, y un contexto para comprender la importancia de las relaciones en el sostenimiento de las tradiciones comunitarias, los fundamentos para respetar las diferencias culturales en asuntos de reclamaciones de posesión de la tierra, uso de los recursos y patrimonio de los yacimientos son más amplios. A través de una participación activa en los estudios del paisaje, los pueblos indígenas contribuyen a compilar información importante para su comunidad y construyen una apreciación de cómo las investigaciones arqueológicas sirven sus intereses (Anschuetz y Scheick, 1999). A su vez, un enfoque de paisaje facilita un intercambio de conocimientos en profundidad, que los arqueólogos luego pueden usar, bien para agregarlos a argumentos científicos ya existentes, bien para diseñar nuevos tipos de investigación sobre las interacciones de los pueblos del pasado con sus entornos (p. ej.: Hena y Anschuetz, 2000). Al comprometerse con las gentes de las comunidades tradicionales, considerándolos socios respetados, cuya forma de conocimiento del paisaje del pasado puede mejorar las interpretaciones científicas, los arqueólogos aseguran la relevancia de su disciplina a una comunidad que es más grande que ellos mismos (Echo-Hawk, 2000).

Al ser una abstracción sintética, el paisaje proporciona un concepto unificador contrastando perspectivas (de Crumley y Marquardt, 1990). La utilidad del constructo para la ayuda en la evaluación de la estructura de pueblos con un tejido complejo de interacciones con sus entornos a través de espacio y tiempo, radica en su habilidad “para reunir un grupo dispar de enfoques con alguna relación bajo un único encabezamiento” (Preucel, 1998, p. 1; véase también Gosden y Head, 1994, p. 113; Zube, 1994). Como tal, un paradigma paisajístico tiene el potencial de facilitar la identificación “de la pauta con que se relacionan” (de Bateson, 1978) las observaciones dispares sobre la amplitud de las interacciones de la comunidad con sus entornos. Bateson (1978) lo define como un “metapatrón” de partes interactuantes e interdependientes. Bateson sostiene, aún más allá, que los elementos no se pueden entender por lo que supuestamente son, en y por sí mismos: se entienden en términos de lo que hacen en relación uno con otro, dentro de procesos recurrentes.

Dado nuestro anterior comentario sobre los problemas asociados con la imprecisión terminológica, se reconoce la necesidad de definir parámetros sobre los que los investigadores continuarán definiendo y puliendo el paradigma paisajístico. Sin embargo, anticipamos que la manifestación objetiva de la utilidad de un enfoque de paisaje como un marco procesual, interactivo, contextual e interdisciplinario, para la identificación de patrones, datos explicativos y explicaciones conductuales, está casi a nuestro alcance. En particular creemos que un enfoque paisajístico ayuda a contribuir a la construcción de un total entendimiento de las relaciones entre los varios contextos: espaciales, temporales, ecológicos y cognitivos en los que los pueblos, creativamente, interactúan con sus entornos.

El desarrollo de los conceptos de paisaje

Los investigadores ajenos a la Antropología y a la Arqueología definieron inicialmente el concepto de paisaje para utilizarlo en las ciencias sociales. El marco intelectual de esta definición procede del debate entre Ratzel y Durkheim (Hirsch, 1995). Ninguno de los dos, sin embargo, se refirió explícitamente al concepto de paisaje. La primera definición formal viene del trabajo sobre geografía de Carl Sauer. Aunque tiene más de 75 años, la definición que dio Sauer (1925, p. 46) sigue siendo todavía convincentemente válida para los arqueólogos.

El paisaje cultural se crea, por un grupo cultural, a partir de un paisaje natural. La cultura es el agente, el área natural el medio, y el paisaje cultural el resultado. Bajo la influencia de una cultura dada, que cambia ella misma con el tiempo, el paisaje sufre un desarrollo, atraviesa fases y probablemente alcanza, por último, el fin de su ciclo de desarrollo. Con la introducción de una cultura diferente –es decir, ajena– se produce un rejuvenecimiento del paisaje, o uno nuevo que se sobrepone a los restos del antiguo.

Como respuesta a la influencia del determinismo ambiental de Ratzel, que dominó los principios del siglo veinte, la definición de Sauer genera un contraste, porque reconoce la contribución del marco institucional en la formación de la sociedad. En su trabajo, Sauer,

específicamente “buscó resaltar que los agentes culturales son una fuerza en la formación de los rasgos visibles de las distintas regiones que se definen sobre la superficie terrestre” (Cosgrove, 1994, p. 115). Sauer, un empirista intencionado, intelectualmente muy próximo a sus colegas en Berkeley los antropólogos Kroeber y Lowie, enfatizó aquellos elementos visibles de los entornos físicos, que recuerdan el uso y las modificaciones humanas, tales como cursos de agua, plantas y animales. Para Sauer, la cultura era “la huella de los trabajos del hombre sobre el área” (1925, p. 38), y citaba tres factores básicos para el estudio del paisaje: “el entorno físico, el talante de las gentes y el tiempo” (en Norton, 1989, p. 37). Él quitaba importancia a los aspectos subjetivos del paisaje “y resaltaba que el paisaje era un área objetiva que debía ser estudiada científicamente a través de la observación” (Duncan, 1994, p. 316).

En los años sesenta y setenta, los geógrafos se dividieron en dos trayectorias opuestas en su enfoque de la disciplina. La primera, explícitamente positivista, resalta los enfoques espaciales cuantitativos en la documentación y en la evaluación de la presencia humana en el espacio físico. Este enfoque incluye, entre otras las nociones de movimiento, red, nodo, jerarquía y modelos de superficie (Chorley and Haggett, 1967; Christaller, 1966; Haggett, 1965; Harvey, 1969; véase también Hodder and Orton, //pág. 165// 1976). La segunda fue influenciada por una asociación laxa de filosofías humanísticas, valores, creencias y percepciones (Buttimer, 1974; Hugill and Foote, 1995). Esta perspectiva incluye el existencialismo, feminismo, idealismo, fenomenología e interaccionismo (p. ej.: Entrikin, 1976, 1991; Ley and Samuels, 1978; Relph, 1976, 1985; Soja, 1989; Tuan, 1974, 1977; Zelinsky, 1975).

Los investigadores de esta última perspectiva aplican la teoría social y cultural a la interpretación del paisaje de tres maneras complementarias (cf. Cosgrove, 1994, p. 15; Duncan, 1994, p. 317; ver también Cosgrove, 1994; Cosgrove y Daniels, 1988; Penning-Rowsell y Lowenthal, 1986). En primer lugar, muestran a menudo más interés en la influencia de los procesos socio-culturales y políticos en el modelado del paisaje, que en las relaciones de las personas con el contexto de su medio ambiente específico. Segundo, aplican la teoría de la crítica social y cultural en sus interpretaciones humanísticas. Y en tercer lugar ellos consideran todas las formas de paisajes, no solo los rasgos físicos visibles, como elementos de significación, cuya interpretación revela los procesos y las actitudes culturales. Dentro de estos enfoques, los esfuerzos de los geógrafos del paisaje contemporáneos alcanzan desde lo plenamente conductual a lo simbólico e incluso a lo artístico (p. ej.: véase Thompson, 1995a). Este trabajo, a veces, continua solapándose con los intereses de la investigación arqueológica, especialmente allí donde los investigadores consideran los paisajes como constructos materiales que contienen información sobre la estructura y organización de los asentamientos del pasado, y que funcionan como una especie de texto histórico (Hugill y Foote, 1995, p. 20). Aunque un pequeño número de investigadores (Giddens, 1979, 1984; Gregory, 1978, 1981; Hägerstrand, 1976, 1988; Pred, 1984, 1990) consiguen en sus estudios un cierto acomodo de las perspectivas espaciales científicas y humanísticas, la disciplina, considerada en su totalidad, no ha integrado aún con éxito estos campos, y hay universidades que aún mantienen departamentos separados para la Geografía Física y la Humana (Anderson y Gale, 1992).

Aunque el concepto de paisaje como ciencia social tiene sus orígenes en la Geografía, algunos de los más enérgicos debates de las dos pasadas décadas sobre la idea han tenido lugar en otros campos, incluyendo el de la arquitectura y el del diseño del entorno, el de la Ecología histórica, la Antropología Cultural y la Arqueología. Dentro de la arquitectura del paisaje y del diseño del entorno, un número de estudiosos (Hayden, 1981, 1997; Jojola, 1990; Rainey, 1997; Stilgoe, 1982, 1998; Swentzell, 1990a; Zube, 1994) vieron el paisaje no como un único constructo uniforme, sino como un conjunto múltiple de textos que, o bien proporcionan unidad a una comunidad, o bien sirven de escenario a la tensión cultural y al conflicto social (de Groth, 1997). Mientras que los rasgos del paisaje físico –lo mismo fenómenos fisiográficos que construcciones– pueden aparecer como si fueran inmutables en el tiempo, los significados de los que son depositarios pueden estar sujetos, silenciosamente, a cambios sutiles o a transformaciones a gran escala.

El defensor más conocido de la arquitectura del paisaje es John Brinkerhoff Jackson (1984, 1994, 1995; véase también Meinig, 1979b), cuyo trabajo forma implícitamente parte integral de los fundamentos intelectuales sobre los que algunos antropólogos están ahora construyendo sus propios enfoques de paisaje. Para Jackson un paisaje es “un //pág. 166// espacio o colección de espacios construidos por un grupo de gentes que modifican el medio ambiente para sobrevivir, para crear un orden y para producir... sociedad” (Jackson, 1995, p. 43; ver también Jackson, 1984, 1994). Al considerar los elementos del paisaje como productos de valores y aspiraciones humanas, Jackson mantiene que el paisaje “no es nunca un simple espacio natural, una característica del medio ambiente” (1984, p. 156). Al destacar las características sintéticas de los paisajes, él considera un diseño vernáculo. Donde la organización del espacio está mayoritariamente, o por entero, libre de influencias políticas manifiestas, las comunidades ocupan y gobiernan los espacios “gobernadas por la costumbre, junto a las relaciones personales” (1984, p. 50). Jackson da muchos más detalles sobre la dimensión esencialmente temporal del paisaje: “Así, un paisaje es un espacio deliberadamente creado para acelerar o ralentizar el proceso natural” (1984, p. 8) y la historia se convierte en un sustituto de “los procesos naturales de crecimiento, madurez y decadencia” (1984, p. 156).

El énfasis de Jackson sobre el diseño vernáculo y la historia como elementos importantes de los estudios sobre el paisaje, desembocó en un punto de vista sobre el diseño del paisaje profundamente diferente del que era común en Arquitectura. Arquitectos y diseñadores de entorno no solo son artistas del espacio, sino del tiempo (Brand, 1994; Rapoport, 1990). Rapoport (1990) aboga por la centralidad del significado en la cultura material, y por la importancia de los estudios que fundamentan pautas culturales específicas en los restos que las comunidades humanas dejan en la tierra. Rapoport reconoce un fuerte y recurrente patrón general en su estudio comparativo del diseño de entorno. Él observa: “Los pueblos parecen moldear e interactuar con la cultura material de los entornos construidos principalmente a través del significado y esto parece mantenerse a lo largo del tiempo de una forma culturalmente cruzada y en toda clase de entornos, contextos y situaciones” (Rapoport, 1990, p. 42). Incluso aunque generaciones de personas pudieran habitar y modificar múltiples lugares de forma diferente dentro del paisaje de su comunidad, los restos materiales residuales comparten elementos de un patrón organizativo común subyacente,

en tanto que las tradiciones culturales más importantes se mantengan intactas (p. ej.: véase Rapoport, 1990, p. 17).

Una explicación de las conexiones entre patrones de cambio ocupacional y tiempo se desarrolla totalmente en los análisis de entorno regionales conocidos como Ecología histórica. El estudio de Crumley y Marquardt (1987) sobre los paisajes históricos borgoñones tipifica un enfoque de paisaje en su utilización de una variedad de datos procedentes de textos, de sensores remotos y de los SIG. Kirsch (1994, 1997; ver también Kirsch y Hunt, 1997) utiliza una aproximación ecológica e histórica comparable en su exhaustivo examen de la historia de la cultura del Pacífico.

Los ecologistas históricos adoptan típicamente el tradicional interés por el paisaje de los geógrafos, a saber: la idea de que los paisajes ancestrales y formalmente construidos reflejan los valores y creencias esenciales de un grupo (p. ej.: Crumley, 1994). Ellos siguen a la Geografía humanista, interpretando los paisajes ancestrales y formales en términos de valores y creencias de la comunidad. Como Crumley y Marquardt propugnan “los pueblos proyectan su cultura en la naturaleza” (1990, p. 73). Winterhalder (1994, p. 18), cuando promueve la idea de los sentidos espacio-temporales interdependientes, observa: //pág. 167//

Podemos aislar cosas tales como los factores causales o los procesos socioculturales o medioambientales. Propiedades importantes de estos pueden depender de su localización en el tiempo, es decir, pueden tener una dimensión temporal. Pese a ello, no podemos aislar o definir el tiempo mismo, como variable causal del proceso. Lo mismo es verdad, para las (así llamadas) variables o procesos espaciales.

Los ecologistas históricos argumentan que el paisaje está determinado por estructuras histórico-sociales tales como la clase, el parentesco o los grupos de interés, en combinación con estructuras físicas como el clima, la geología y la topografía. Al investigar los límites sociales tienen en cuenta las interacciones entre las diversas comunidades y los efectos de esas relaciones en los paisajes. Sus evaluaciones sobre la naturaleza cambiante de estos límites, dependiendo del tiempo o escala del análisis, ilustran la dinámica del paisaje. Por último, los ecologistas históricos se oponen enérgicamente a la acumulación de elementos acrílicos que ven en muchos análisis arqueológicos y ecológicos del paisaje (Crumley y Marquardt, 1987, 1990). Argumentan que las necesidades y los riesgos del cambio podrían llegar a socavar la creación de una jerarquía realista de parámetros que condicionen la conducta regional.

Los antropólogos culturales proponen trabajar mucho sobre la idea de lugar en términos de identidad y contestación social (p. ej.: ver Feld y Basso, 1996b, p. 4). El diálogo entre pueblos indígenas y antropólogos sobre la conservación de los recursos de su herencia, y sobre la gestión de sus propiedades culturales, muestra el modo en que a menudo los paisajes son importantes para mantener la memoria y las tradiciones de las comunidades (Carmichael *et alii*, 1994; Hena y Anschuetz, 2000; Kelley y Francis, 1994; Swidler *et alii* 1997). Cuando exploran las propiedades dinámicas de los paisajes, los antropólogos culturales, citan las incertidumbres, las discontinuidades y las multiplicidades de voces y de acciones ligadas al enfrentamiento y al movimiento. Cuestionan la idea común subyacente de que los lugares se definen por sus límites estáticos y por unas relaciones basadas en la

ocupación estable (Feld y Basso, 1996b, p. 5, citando a Appadurai y Breckenridge 1988; Deleuze y Guattari, 1986; Kapferer, 1988; Rosaldo, 1988). En su lugar, los investigadores sugieren que, en lugares fronterizos, caracterizados por la fluidez y el mestizaje, las relaciones del paisaje pueden estar basadas en una indeterminación de lugar (Feld y Basso, 1996b, p. 5, 6, citando a Appadurai, 1992; Gupta y Ferguson, 1992; Gupta *et alii*, 1992). A pesar de la ausencia de fijeza en tales “etnopaisajes” (Appadurai, 1992), las comunidades son capaces de mantener mapas cognitivos coherentes basados en percepciones, en experiencias directas y en la memoria lejana, en la fabricación de significados y en la imaginación.

Las antologías recientes de Hirsch y O’Hanlon (1995) y de Feld y Basso (1996a) ofrecen una visión comparativa útil sobre la construcción de paisajes. El volumen de Hirsch y O’Hanlon (1995) consiste en una revisión del concepto sobre el paisaje de los historiadores del arte (Hirsch, 1995) y sobre casos de estudio etnográficos que examinan la historia espacial y los conceptos sobre lugar culturalmente cruzados. El volumen ilustra sobre las cualidades dinámicas de paisajes culturalmente construidos por gente que se mueve entre un primer plano de imágenes del sitio percibidas como experiencias irreflexivas dentro de la rutina diaria, y un telón de fondo de potencialidad social entre espacios y entre representaciones de esos espacios (Hirsch, 1995, pp. 4 y 5). //pág. 168//

La antología de Feld y Basso (1996a; ver también Basso 1996) se centra en las percepciones y experiencias de los nativos para dar significado a determinadas localidades. El objetivo colectivo de estos ensayos es examinar “los modos complejos con que los lugares enraízan las vidas en formaciones sociales con amplia distribución geográfica, a escala política y económica, y de los dominios subsiguientes de género, raza, clase y etnicidad” (Feld y Basso, 1996b, p. 7). Los ensayos aclaran cómo los pueblos se forman de manera creativa a ellos mismos y a sus paisajes, a través de la ocupación de espacios, poniendo de manifiesto, de ese modo, la interdependencia de lo físico y lo conceptual dentro del entorno humano. Proporcionan ejemplos de cómo repartían los papeles sociales (p. ej.: edad, género, sexo, grupo de parentesco, clase y etnicidad), sus interrelaciones y de cómo eran trazadas, en diferentes formas, las identidades de las personas sobre el paisaje.

Fundamentos para la adopción de conceptos sobre el paisaje en la práctica de la Arqueología

Estudios de distribución y patrones de asentamiento

Como observan Knapp y Ashmore, “Conforme los arqueólogos estudiaron el pasado humano se interesaron por el espacio y, en consecuencia, por los paisajes” (1999, p. 1). A principios del siglo veinte, los geógrafos y arqueólogos británicos, en conjunto, fueron los pioneros en usar mapas de distribución (P. ej.: Crawford, 1912, 1922; Fleure and Whitehouse, 1916; ver también Daniel, 1964; Goudie, 1987). Al localizar con precisión los fenómenos arqueológicos en el espacio, estos investigadores comenzaron rápidamente a construir explicaciones sobre la distribución de yacimientos en términos de características geográficas (Crawford, 1922, p. 27; Fox, 1923, 1947). Clark añade que el mapa de distri-

bución, “por su mera existencia implica la coordinación de evidencias dispersas y el establecimiento de una relación sintética con su fondo geográfico” (1933, p. 232). Esta relación sintética fue claramente asimétrica como producto que fue del determinismo medioambiental que dominó las corrientes de pensamiento durante la mayor parte del siglo veinte. Con la creciente disponibilidad de evidencias documentales del cambio climático del Cuaternario, los investigadores comenzaron a interpretar los cambios de las pautas de distribución de yacimientos en términos de fluctuaciones del medio ambiente (p. ej.: Child 1928, 1952).

La innovación de las investigaciones sobre los patrones de asentamiento arqueológicos regionales durante finales de los cuarenta y principios de los cincuenta (p.ej.: Wauchope, 1956; Willey, 1953, 1956) fue un descenso de estos primeros estudios de distribución. El fundamento de estas aproximaciones fue la premisa de que los patrones de asentamiento no solo reflejan el medio ambiente sino que vienen condicionados directamente por las necesidades culturales (Willey, 1953, p. 1; véase también las discusiones posteriores).

Las aproximaciones a los patrones de asentamiento se inspiraron, en parte, en los esfuerzos pioneros de Steward (Steward, 1937, 1955) y de Clark (Clark, 1939) An antropología ecológica, que considera las relaciones entre la estructura y la organización la subsistencia de un grupo cultural en el marco de su medio ambiente. El proyecto de Braidwood en Irak (Jarmo), y el trabajo de Caldwell en el Este de los Estados Unidos, proporcionan nuevos ímpetus al establecer el lugar de los datos arqueológicos en el entendimiento económico, social y político de las transformaciones.

El trabajo de Willey en el Valle de Virú, en Perú, recibió enseguida el reconocimiento como prototipo de estudio de patrones de asentamientos. Willey examinó sistemáticamente 350 km² mediante fotografías aéreas y planos de los yacimientos hechos a partir de esas fotografías. Después de documentar 315 yacimientos, *grosso modo* el 25% de la muestra, Willey desarrolló una tipología de asentamientos que distinguía viviendas, cementerios, reductos elevados, pirámides y complejos habitacionales.

La articulación que hace Willey de la aproximación al patrón de asentamiento es más que un conjunto de técnicas para identificar, describir y clasificar los yacimientos arqueológicos, y su Ecología natural, dispersos a lo largo de grandes áreas espaciales. Agnew observa que los esfuerzos de Willey generalmente siguen el ejemplo de la Geografía, definiendo los estudios regionales “como las diferencias espaciales de los fenómenos físicos y humanos en aquello en que se relacionan con otros fenómenos próximos en el espacio y causalmente relacionados” (1994, p. 25; ver también Gregory, 1994b, pp. 507-509). Al incorporar a su análisis los estudios sobre cerámica para control cronológico de Ford (Ford, 1949), Willey contribuyó al desarrollo de métodos y datos arqueológicos para la interpretación a largo plazo de los cambios sociales dentro de las regiones, basados en transformaciones internas más que en factores externos tales como la difusión o la migración. Es importante mencionar que el concepto emergente de patrón de asentamiento descansa en unos principios básicos que generalmente son compatibles, hoy en día, con un paradigma del paisaje.

Como señala Willey, “los asentamientos reflejan el medio ambiente, el nivel tecnológico con que operan los constructores, y las diversas instituciones de interacción social y de control que mantenía la cultura. A causa de que los patrones de asentamiento son, en gran

medida, determinados por necesidades culturales ampliamente extendidas, éstos ofrecen un punto de vista estratégico para la interpretación funcional de las culturas arqueológicas” (1953, p. 1). En consecuencia, añade que los patrones de asentamiento, en efecto, “proporcionan una clave para la reconstrucción de los sistemas ecológicos, culturales y sociales” (Willey, 1973, p. 270) y constituyen “una base para la generalización causal y culturalmente cruzada del estudio de las formas de asentamiento” (Willey, 1974, p. 159)

Después del gran avance de Willey en el estudio del Valle de Virú (Willey, 1953), el método prospección de yacimientos arqueológicos se hizo crecientemente riguroso en la implementación de los análisis a escalas regionales y subregionales. Una serie de prospecciones en América Central durante los años sesenta y setenta constituyen trabajos clásicos para el reconocimiento arqueológico regional por sus muchas aportaciones metodológicas (p. ej.: Blanton, 1978; Coe, 1967; Parson, 1971; Sanders, 1965; Sanders *et alii*, 1979; Spores, 1969). En todas sus publicaciones, Chang (1958, 1963, 1967) estableció precedentes para el estudio de dinastías, grupos sociales locales y comunidades en su trabajo sobre la China del norte. Dirigiendo una investigación en la planicie de Diyala, en Mesopotamia, Adams (1965, 1981; Adam y Nissen, 1972) contribuyó con marcos innovadores para la evaluación de cómo //pág. 170// los cambios políticos ayudan a condicionar las transformaciones de las tácticas y estrategias económicas subsiguientes.

El cuerpo de los estudios arqueológicos regionales en los últimos 15 años es amplio y variado (p. ej.: véase Billman y Feidman, 1999; Barton *et alii*, 1999; Blanton *et alii*, 1993; Feinman y Nicholas, 1990; Fish and Kowalewski, 1990; Hendon, Stark y Arnold, 1997). La productividad y la sofisticación de este trabajo ha sido alimentada, en parte, por la atención creciente que prestan los arqueólogos a las relaciones entre asentamientos centrales, sitios residenciales de menor tamaño y conjuntos variados de establecimientos no habitados, encontrados a lo largo de las áreas que estudian (p. ej.: véase Scarborough *et alii*, 1995; Schortman and Urban, 1994; Wells, 1994; Wilkinson, 1994). La potencia analítica, la amplia disponibilidad, y la facilidad comparativa de las aplicaciones informatizadas dentro de los sistemas de información geográfica (SIG) está dotando ahora a los arqueólogos con un nuevo conjunto de herramientas cuantitativas para la investigación de patrones micro y macro-espaciales. Los enfoques mediante SIG alcanzan desde los enfoques del medio ambiente hasta los que se ocupan de las muchas relaciones interconectadas que mantienen las personas unas con otras, y con sus escenarios físicos. (véase la crítica de Kvamme, 1999).

Sistemas de asentamiento

Las bases intelectuales de los estudios sobre patrones de asentamiento evolucionaron en paralelo con la expansión extensiva del contenido de la Nueva Arqueología a lo largo de los años sesenta y principios de los setenta (Véase Binford, 1972; Clarke, 1977; ver también Caldwell, 1959). Al sistematizar sus análisis, los arqueólogos fueron, más allá de la mera documentación descriptiva de las distribuciones de yacimientos y de las jerarquías orgánicas dentro de las regiones, pasando a la interpretación de los patrones arqueológicos subyacentes, observados en tiempo y espacio de forma multivariada y dinámica. Partiendo

de la teoría general de sistemas (Bertalanffy, 1968), algunos arqueólogos comenzaron a considerar la interacción de variables –tanto naturales como culturales– que ellos creían que condicionaban los cambios estructurales en los patrones de asentamiento. Estos investigadores supusieron que el estudio de las interacciones entre tales componentes permitía un mejor entendimiento del funcionamiento del sistema y sus pautas de cambio. Clark (1968, 1972, 1977) y Jackson (1975, 1977) proponen el empleo del análisis locacional en escalas diversas, para comprender las diferencias sistémicas y la interacción entre yacimientos contemporáneos. Este interés por explicar los cambios en los patrones de asentamiento tiene como consecuencia la adopción de aproximaciones al sistema de asentamientos que tratan “en primer lugar, el conjunto de reglas (probabilísticas) que generaron los patrones de asentamiento” (Flannery, 1976, p. 162).

Al promover la sistematización de los estudios sobre los patrones de asentamiento, Binford (1983) reconoce que incluso aunque “los yacimientos excavados son el pan y la sal del arqueólogo” (1983, p. 109), es el *paisaje*, y no el *yacimiento*, el escenario para todo un grupo //pág. 171// de actividades económicas, sociales e ideológicas. Binford añade: “la *formación pautada del yacimiento*, tanto en un contexto interno como en un contexto de conjunto, es una propiedad del registro arqueológico” (1982, p. 5; énfasis en el original). Los ya clásicos estudios etno-arqueológicos de Binford (Binford, 1980, 1982, 1983), a su vez, fueron un toque de llamada a los arqueólogos para que consideraran los restos materiales y sus contextos, incluyendo las características deposicionales y espaciales, más allá de los tradicionales límites que definen el yacimiento. Su reconocimiento de que los patrones que se observan, tanto en los restos materiales, como en los espacios vacíos vienen de las interacciones entre las dimensiones sociales que se organizan culturalmente, los recursos no culturalmente organizados y las distribuciones del espacio vital, ayudan a definir los fundamentos conceptuales para un paradigma del paisaje (Binford, 1983; debatido anteriormente).

Entre las aproximaciones al sistema de asentamiento, es relevante destacar la documentación sobre la selección de variables que se supone juegan un papel clave en el condicionamiento del cambio cultural. En particular, los arqueólogos han consumido un esfuerzo considerable en explicar pautas tecnológicas y de subsistencia en relación a temas de adaptación ecológica. Por ejemplo: Struever argumenta que a causa de que las tácticas y estrategias de una población ejercen una influencia primaria en cómo funciona un sistema cultural, los patrones de asentamiento son “un corolario esencial de la subsistencia” (1968, p. 133). Flannery (1972, entre otros) contribuye aún más a la comprensión de los sistemas de asentamiento instando a los investigadores para que, en la implementación de aproximaciones al sistema de asentamiento, se concentren en explicar los restos de construcciones, para revelar las pautas de cambio que se ven en el registro arqueológico.

Las aproximaciones al sistema de asentamiento constituyen el meollo de muchos estudios interpretativos recientes de carácter regional y subregional (p. ej.: Albarracín-Jordán, 1996; Cherry *et alii*, 1991; Duke, 1995; Dunning *et alii*, 1999; Erikson, 1999; Fisher *et alii*, 1999; Gartner, 1999; Hyslop, 1990; Julien, 1993; Kolata, 1996; Marcus, 1998; Marcus y Flannery, 1996; Reeves-Smith y Hamind; 1993; Schalanger, 1992; Schortman and urban, 1992; Thurston, 1999; Whittlesey *et alii*, 1997; Wilshusen y Wilson, 1995; Wilson, 1988). En conjunto, estos estudios aportan una variedad de miradas sobre la diversidad, la com-

plejidad y la interdependencia dinámica entre las estructuras tecnológicas humanas, sobre sus organizaciones sociales, políticas y religiosas y sobre el entorno físico en el que vive. Muchas de las aproximaciones interpretativas de carácter humanista, que fueron pioneras en Europa en el tratamiento de los aspectos social y simbólico de los paisajes (p. ej.: Hodder, 1984, 1987; se discute más adelante), también comparten aspectos de su herencia intelectual con el enfoque de sistemas propugnado, hace más de una generación, por Clark (1968, 1977) y sus contemporáneos.

Análisis espacial y paisajes arqueológicos

Los estudios del sistema de asentamiento se enfrentan con dificultades en áreas donde las distribuciones y alcances de los restos arqueológicos no coinciden, bien especialmente, bien conceptualmente, con los tipos de yacimientos tradicionalmente conocidos. En combinación con el llamamiento de Binford (1980, 1982, 1983; ya mencionado) para ir más allá de los límites tradicionales de la noción de yacimiento, a la hora de evaluar los restos arqueológicos, estos retos //pág. 172// dan un impulso al desarrollo de los enfoques metodológicos conocidos como *nonsite*, *offsite* y análisis espacial (Cherry, 1983; Cherry *et alii*, 1988, 1991; Dunnell, 1992; Dunnell y Dancy, 1983; Ebert, 1992; Foley, 1981; Rossignol y Wandsnider, 1992). Estos estudios destacan los métodos descriptivos y el interés por la formación de yacimientos en el nivel de las variaciones arqueológicas regionales.

Los partidarios de las aproximaciones del análisis espacial están reaccionando contra la fiabilidad de los yacimientos arqueológicos como unidades de análisis (Cherry, 1983; Cherry *et alii*, 1988, 1991; Dunnell, 1992; Dunnell y Dancy, 1983; Ebert, 1992; en Wandsnider, 1998, p. 94). Algunos investigadores (Dunnell, 1992; Dunnell y Dancy, 1983; Ebert, 1992) adelantan la opinión de que los yacimientos arqueológicos son unidades de análisis que fallan por su base teórica y metodológica. Dunnell sugiere que la solución al tema fundamental reside “no en mejorar la noción de asentamiento o en parchear con umbrales de densidad u otros medios de delimitación del yacimiento”, sino en “desarrollar métodos para construir unidades de asociación histórica desde unidades de observación de escala más pequeña” (1999, p. 33).

Como resume Wandsnider (1988, p. 94), las aproximaciones *nonsite* se basan en estas preocupaciones primarias. Primero, los defensores identifican la subjetividad inherente en las delimitaciones de yacimientos basadas en prospecciones (Cherry *et alii*, 1988, 1991). Segundo, sugieren que las unidades de análisis usadas comúnmente para analizar en el patrón de asentamiento y el sistema de asentamiento, son teleológicas (Wandsnider, 1998). Los investigadores *nonsite* cuestionan la asunción de que los yacimientos de una misma base temporal sean estrictamente contemporáneos (Dewar, 1992; Schacht, 1984). En su lugar, los defensores destacan que los estudios de las distribuciones espaciales de artefactos, contextos y otros restos materiales ofrecen una imagen más exacta y precisa del registro arqueológico.

Paisajes históricos: Arqueología del paisaje en el continente americano

Con la aparición de la Nueva Arqueología en los años sesenta, los arqueólogos americanistas reconocieron que las modificaciones antropogénicas del paisaje conllevan algo más que modificaciones físicas del entorno; también implican pautas relacionadas con “dimensiones sociales e ideológicas” (Deetz, 1990, p. 2). Al principio, las incursiones en esta Arqueología de los paisajes eran los tratados históricos. Esta obra primitiva se formulaba como (1) fenómenos que, en gran escala, trascendían los estrictos límites de las localidades y (2) “el más alto nivel de mediación entre lo natural y lo cultural, contra lo cual se proyecta cualquier otra cultura material de mediación” (Deetz, 1990, p. 2). Aunque en principio se les conocía por su atención a fenómenos particulares como jardines, campos de batalla, y otros fenómenos *offsite* similares (p. ej.: Fox, 1988; Kelso y Most, 1990; Leone, 1984; Miller y Gleason, 1994), su perspectiva investigadora se está ampliando para considerar los paisajes históricamente documentados más holísticamente, incluyendo la organización de asentamientos, la demografía y las relaciones sociopolíticas cambiantes (Lycett, 1995; Paynter, 2000; Yamin y Metheny, 1996; Zedeño, 1997; Zedeño *et alii*, 1997). //pág. 173//

En sus tareas, estos investigadores admiten que los paisajes existen “por otras razones, además de las estrictamente prácticas y de utilidad” (Deetz, 1990, p. 2). Para explorar la base cultural de los paisajes y los papeles de actores humanos, en dar forma y en construir los significados de los lugares, estos estudios toman grandes préstamos de la Geografía humanista (Cosgrove and Daniels, 1988; Groth y Bressi, 1997; Lewis, 1979; Meining, 1979a; Tuan, 1974, 1977; Wagstaff, 1987) y de la Arqueología postprocesual (Fritz, 1987; Hodder, 1987, 1991; Hodder *et alii*, 1995; Tilley, 1994) para sus marcos interpretativos (véase también discusiones posteriores).

Formación social y paisajes simbólicos: la Arqueología del paisaje en Europa

En Europa, y más especialmente en Inglaterra, los fundamentos de la Arqueología del paisaje aparecieron en la segunda mitad del siglo veinte, cuando la Arqueología de campo adoptó las perspectivas intelectuales que ofrecían los historiadores y geógrafos contemporáneos (Roberts, 1987, p. 78). Los frutos de este esfuerzo interdisciplinario, como se muestra en la obra de Michael Aston (1985), son descripciones sistémicas comprehensivas de “el paisaje como palimpsesto de límites, túmulos, pueblos abandonados y sistemas parcelarios” (Thomas, 1993, p. 25). En esta coyuntura, los estudios europeos generalmente se parecen a los americanos.

El interés suscitado por los megalitos europeos y otros restos arquitectónicos monumentales, que representan categorías humanas de acción y pensamiento descuidadas por

los enfoques tradicionales, impulsó vigorosamente el estudio de los paisajes simbólicos y sociales (Barrett, 1988, 1991; Barrett *et alii*, 1991; Bender, 1993b, 1998; Bradley, 1993b, 1998a, 1998b; Darvill, 1997; Hodder, 1984, 1987; McMann, 1994; Richards, 1990, 1996; Roberts, 1996; Tilley, 1996; Thomas; 1993, 1996). Más que limitar su trabajo a casos de estudios documentales, estos investigadores han utilizado la teoría de la estructuración (Giddens, 1979, 1984) y el concepto de capital simbólico (Bourdieu, 1977) para analizar la acción social y la manipulación de la cultura y el espacio material, dentro de un sistema más amplio de significado simbólico.

La teoría de la estructuración, que reconoce la mutua dependencia entre la estructura y la actividad social, mantiene que “las propiedades estructurales de los sistemas sociales son, a la vez, el medio y el resultado de las prácticas de constituyen estos sistemas” (Giddens, 1979, p. 69). Este constructo se refiere a la manera recurrente en que las personas hacen cosas, y a cómo se relacionan unos con otros a través del tiempo y el espacio (Giddens, 1984). El capital simbólico, a su vez, se refiere a cómo los significados que se asignan a los bienes materiales, y a otros objetos, critican cómo los individuos estructuran su mundo (de Earle y Preucel, 1987, p. 506). Más aún, el espacio gana en importancia gracias a sus valores económicos y al uso estratégico que hacen de él los actores.

Apoyándose en los geógrafos (Cosgrove, 1985; Cosgrove y Daniels, 1988; Daniels, 1989; Jackson, 1980, 1984; Meinig, 1979a; Tuan, 1974; Zelinsky, 1973), los arqueólogos británicos tratan la cultura material como productos de la acción social y //pág. 174// de las manifestaciones tangibles de los sistemas de creencias. En este proceso, trasladan los estudios de Arqueología del paisaje a los dominios del conocimiento y del pensamiento creativo (Bender, 1993b, 1998; Bender *et alii*, 1997; Bradley, 1993b, 1997; Renfrew, 1982).

Debate

En sus primeras décadas, los estudios sobre patrones de asentamiento se enfocaron, típicamente, a las interrelaciones espaciales entre yacimientos con arquitectura doméstica o pública. Como producto de su tiempo, estos estudios enfatizaban en exceso los constructos descriptivos de aquello *a lo que* se parecía el pasado, más que las explicaciones de *por qué* ocurrían los cambios observados en la tecnología y la organización de los patrones de asentamiento (véase Sabloff, 1983, pp. 414-415; Willey, 1983, pp. 446-447). Los enfoques espacial, histórico y social-simbólico del sistema de asentamiento ofrecen, cada uno, herramientas útiles para explicar pautas arqueológicas regionales. Individualmente, sin embargo, tales enfoques no alcanzan a proporcionar verdaderas explicaciones comprensivas de las dinámicas conductuales del pasado.

Como hemos señalado anteriormente, el desarrollo del concepto básico de patrón de asentamiento, desde un principio, estuvo estrechamente unido con las contribuciones a la Ecología Cultural de Steward (1937, 1955) y Clark (1939). Esta asociación facilitó una rápida y amplia aceptación de las perspectivas de los conceptos ecosistémicos, y de la teoría general de sistemas, promovidas en Arqueología por los antropólogos culturales, los geógrafos y los ecologistas (p. ej.: Butzer, 1971, 1982, 1994; Rappaport, 1968, 1979; Vay-

da y McCay, 1975). A causa de que el enfoque ecológico cultural reúne, bajo un enfoque único, conceptos de la teoría ecológica, histórica, política y cultural, los arqueólogos están en mejores condiciones para aclarar los muchos factores que contribuyen al proceso de cambio cultural. Sin embargo, como señala Trigger, “en términos de factores causales, un enfoque de sistemas sirve para describir cambios, más que para explicarlos” (1989, p. 308).

La dependencia de la teoría ecológica o de las perspectivas cibernéticas impulsan la tendencia de los investigadores de los patrones de asentamiento a tratar las poblaciones humanas “conceptualmente igual que a cualquier población animal en lucha por la supervivencia entre las complejas marañas de las relaciones ecosistémicas” (Watts, 1994, p. 111). Los investigadores tienden tradicionalmente a suponer que, en los cambios culturales, los posibles papeles contributivos de la organización social y de la generación de ideas son más débiles y menos reconocibles que el papel de las relaciones entre las gentes y su entorno físico a través de sus tecnologías de producción. Más aún, hay un anti-historicismo evidente en gran parte de la obra realizada en las décadas de 1970 y 1980 (Trigger, 1978, 1989, pp. 312-319; Wolf, 1982; véase también Knapp, 1996, p. 141).

Al responder a los dos llamamientos de Flannery (Flannery, 1976) a la Arqueología, para que se construyeran los entendimientos de las “reglas” que estructuran cómo interactúan las personas con su entorno y cómo se ocupan sus paisajes, y a la crítica postprocesual, los estudios de sistemas de asentamiento han adoptado una perspectiva de mayor amplitud. Estos estudios están incorporando, de forma creciente, cuestiones de historia, percepción, acción humana, relaciones sociopolíticas //pág. 175// e identidad en las evaluaciones de las pautas visibles de los espacios arqueológicos. Al hacer esto, los investigadores redefinen su comprensión del entorno como el de un dominio con capas físicas, tecnológicas, económicas, sociales, políticas y conceptuales, que aparentemente representan aspectos del legado intelectual que Hawkes (1954) destacaba en su “escala de inferencia” hace cerca de cincuenta años.

Esta redefinición de la comprensión del entorno viene del reconocimiento de que éste último es, parcialmente, una construcción resultante de las interacciones dinámicas de las personas al asentarse físicamente. Por otra parte, estas interacciones son históricamente contingentes, aditivas y formadas por la percepción cultural y las acciones humanas (de Fisher y Thurston, 1999b, p. 631; véase también Feinman, 1999, p. 685). Con la mejora en la conceptualización del entorno humano viene la redefinición de la comprensión de la maraña de interrelaciones que constituye la Ecología humana. Como tal, el estudio de los sistemas de asentamiento se está convirtiendo en el estudio de la Ecología del asentamiento (p.ej.: véase Stone, 1993, 1996).

La dependencia de la documentación histórica o etnohistórica, o de ambas, constriñe, en efecto, la profundidad temporal de los tradicionales estudios históricos sobre el paisaje. En la práctica, las construcciones históricas tienden a insularizarse, y el desarrollo de marcos para las comparaciones culturales cruzadas está todavía en sus primeros pasos. Por su interés en la comprensión de los diversos procesos que dan forma a la vida humana, sin embargo, los enfoques históricos proporcionan información sobre cómo los restos materiales conservados, al constituirse en registro arqueológico, posibilitan una mirada al interior de las diferencias de acceso al poder y a los recursos (Paynter, 2000). Estos esfuerzos nos están dando información comprehensiva en localidades concretas, que proporcionan a los

investigadores oportunidades para trabajar mediante otras aproximaciones arqueológicas, analíticas e interpretativas, para construir unas explicaciones del pasado más completas.

Asociado con el postmodernismo en general y con el enfoque arqueológico postprocesual en particular, la formación social y el enfoque simbólico del paisaje destacan las perspectivas humanistas que, de forma prominente, conciben a las personas como actores racionales, creativos y con emociones estéticas. Estos estudios ponen gran énfasis en construir comprensiones históricamente contextualizadas. Los arqueólogos humanistas ofrecen una ojeada intrigante al interior de la estructura y organización conductual de los pueblos en el pasado, y, a la vez, crean nuevas categorías conceptuales que merecen consideración. Las conceptualizaciones de la interacción entre las personas y su medio ambiente tienden a ser restrictivas, y las posibilidades de fluctuaciones en el medio ambiente son a menudo consideradas menos importantes que los factores internos de una sociedad en proceso de cambio cultural. Sin embargo, como demostraron Barrett (1994) y Bradley (1993b, 1997) en sus trabajos recientes, las perspectivas humanistas están ahora tendiendo puentes a las posturas de los arqueólogos procesualistas (véase Knapp, 1996).

Después de esta corta historia de las diversas, y a veces aparentemente incompatibles, perspectivas que se usan en la práctica arqueológica contemporánea es justo preguntarse por qué, en este momento, los arqueólogos están tan entusiasmados con los conceptos de paisaje. Esta tendencia es más significativa y más importante, sin embargo, que la simple aseveración de que //pág. 176// la ambigüedad en el *paisaje* sirve como una panacea para cualquier investigación que considere la distribución espacial entremezclada con referencias a las relaciones sociopolíticas y a la creatividad.

Whitley (1992, pp. 76-77) y Knapp (1996, p. 147) observan que ya la disciplina ha ido bastante más allá de los intereses metodológicos de la arqueología procesual y de la etnografía de la arqueología postprocesual de finales del siglo veinte. La arqueología contemporánea exige múltiples vías de investigación y perspectivas interpretativas (de Preucel, 1991; Thomas, 1990; Wylie, 1993a, 1993b). El reto para los investigadores en toda la disciplina es “aprender a vivir con la noción de que existen puntos de vista mutuamente irreconciliables sobre el pasado” (Knapp 1996, p. 148, ver también pp. 150-152) incluso cuando se busca un terreno común para las diferentes arqueologías. Knapp mantiene que “los aspectos históricos de la teoría arqueológica deben reconocerse y destacarse si al conocimiento, a la ideología y ... a la acción humana ...se les da el papel que les corresponde en el estudio del pasado” (1996, p. 149).

Un paradigma del paisaje ofrece un potencial para acomodar, si no para integrar, diferentes perspectivas teóricas, incluso cuando estos constructos estén aparentemente en tensión uno con otro como representantes de construcciones alternativas del pasado (ver discusión más adelante). La solidez de los enfoques arqueológicos contemporáneos más importantes –análisis de sistemas de asentamiento, arqueología espacial, y enfoques sobre el paisaje históricos, sociales y simbólicos– todos ellos contribuyen a los fundamentos de una arqueología de los paisajes. El reto específico de este empeño es construir un marco sintético amplio para un entendimiento comprensivo de los procesos contingentes habidos en la historia.

Recientes usos arqueológicos de los conceptos de paisaje

En los últimos años, los investigadores han expuesto argumentos que muestran los pasos de la disciplina –pasos cada vez más seguros de sí mismos– hacia la construcción práctica, teóricamente sostenida, de un paradigma para la arqueología de los paisajes. Tal como hemos debatido, más adelante aparecerá, de estas aplicaciones arqueológicas, un paradigma articulado del paisaje, cuyas bases metodológicas aun deben ser explícitamente definidas.

Tres aspectos generales del paisaje, opuestos y, a su vez, complementarios, contribuirán probablemente a la definición de los fundamentos del paradigma: (1) la Ecología de asentamiento, (2) los paisajes rituales y (3) los paisajes étnicos. Cada uno de estos componentes enfatiza aspectos diferentes de cómo los seres humanos definen, dan forma y utilizan el espacio en cada tiempo concreto. Juntos, ellos nos llevan a algunos procesos esenciales, históricamente contingentes, que subyacen en cómo las personas transforman el *espacio en lugares* (cfr. Casey, 1996).

Esta lista no es exhaustiva ni suficiente para definir un paradigma del paisaje de forma comprensiva. Por el contrario, esta discusión proporciona solo un //pág. 177// ejemplo parcial. Otros investigadores introducirán un número de aspectos del paisaje más específicos, físicos y humanistas, que servirán para ensanchar y perfeccionar el marco aquí esbozado. La articulación de las muchas perspectivas contradictorias que encierra la investigación arqueológica contemporánea es necesaria (lo demostramos más adelante) para conseguir un entendimiento del pasado comprensivo e históricamente consciente, que sea sensible a la gran amplitud e interdependencia entre las partes que forman la maraña de interacciones entre las personas y sus entornos.

La Ecología de asentamientos

Quizás, el enfoque sobre el paisaje más rápidamente accesible para los arqueólogos, entre todos los que han aparecido, sea la Ecología de los asentamientos. La redefinida perspectiva de la Ecología de asentamiento, que debe mucho, intelectualmente, al enfoque de patrones de asentamiento y a los enfoques sistémicos, reconoce a la historia y a la percepción cultural como variables contributivas a la estructura, organización y ritmo del cambio cultural (p. ej.: Stone, 1993, 1996; véase también Anschuetz, 1998; Roberts, 1996; Whitteley *et alii*, 1997). Como tal, la Ecología de asentamiento trata temas, observados por medio de la Arqueología, de pautas sobre uso de la tierra, de ocupación y de transformación en el tiempo.

La Ecología de asentamiento reconoce que los paisajes son producto de las interacciones de las personas con sus entornos y considera este *continuum* definido por una matriz de tácticas y estrategias, extensivas en cuanto a la tierra e intensivas en cuanto al trabajo. Este

enfoque enfatiza las variables del entorno natural, incluyendo recursos esenciales para la subsistencia, otras materias primas que se necesitan para el confort físico y la salud, y artículos para comercio o intercambio. La disponibilidad de muchos de los recursos básicos y servicios comunes cambia a menudo de forma impredecible a lo largo del tiempo y del espacio de los factores culturales y materiales. La Ecología de asentamiento examina el tema central de la gestión dinámica del riesgo a través de la utilización que hace la comunidad de sus tecnologías económicas, sociales y creativas p. ej.: véase Stone, 1993, 1996).

Ya que la Ecología de asentamientos reconoce también los componentes sociales y conceptuales del entorno efectivo de un grupo, contempla el papel de la cultura y la tradición como filtros adicionales en la estructuración y organización del uso y ocupación de los lugares por parte de dichos grupos. Las pautas de percepción medioambiental condicionadas culturalmente, y las tradiciones en el uso de la tierra, a su vez, afectan al modo y ritmo de cambio de las interacciones de los grupos con su entorno. Por ejemplo, una serie de pequeños cambios, graduales en el tiempo, de los patrones arqueológicos representan ajustes que, a corto plazo por lo menos, hacen desaparecer con éxito las perturbaciones recurrentes del entorno. En comparación, los cambios sistémicos rápidos y a gran escala podrían representar reajustes importantes para resolver modelos contradictorios, cognitivos y operativos, de interacciones de la comunidad con su entorno (Véase Rappaport, 1979, p. 168; también Anschuetz, 1998, pp. 57-59). Las transformaciones que tienen en cuenta y sostienen las tradiciones de una comunidad, y las revoluciones que son rechazos y //pág. 178// reestructuraciones de tradiciones existentes, se distinguen examinando las continuidades y discontinuidades en tiempo de las pautas arqueológicas espaciales.

Paisajes rituales

Los paisajes rituales son el producto de acciones estereotipadas, incluidos los actos específicos y las secuencias de actos (véase Rappaport, 1999, pp. 35, 36) que representan órdenes socialmente preceptuadas, mediante las que las comunidades definen, legitiman y mantienen la ocupación de la tierra que les acoge. Los estudios sobre paisajes rituales, aunque sean menos conocidos que la Ecología de los asentamientos, se están convirtiendo rápidamente en un punto focal de las investigaciones arqueológicas (p. ej.: Bradley, 1998a, 1998b; Bradley y Chambres, 1998; Carmichel *et alii*, 1994; Carrasco, 1991; Darvill, 1997; Fowler y Stein, 1992; Freider *et alii*, 1993; Hall, 1985; Oosten, 1997; Richards, 1990, 1996; Robb, 1998; Stein y Lekson, 1992; Tilley, 1994).

Como señala Basso (1996), a menudo, la sabiduría tradicional está ligada a los lugares, así que el paisaje está lleno de historia, leyenda, conocimiento y poder que ayudan a las actividades estructurales y organizan las relaciones. Los grupos que se conocen de una forma etno-histórica están llenos de calendarios rituales y de una rica cosmología que estructura, organiza e informa sobre sus paisajes, sobre los que los miembros de la comunidad perciben y con los que interactúan (p. ej.: Broda, 1991; Connor, 1982; Ferguson y Hart, 1985; Grinnell, 1922; Hall, 1997; Jorgensen, 1972; Kelley y Francis, 1994; Lowie,

1922; Morphy, 1995; Ortiz, 1969; Parls y Wedel, 1985; Rappaport, 1989; Tedlock, 1979; Townsend, 1992).

Los estudios de los paisajes rituales se añaden a los exámenes arqueológicos tradicionales de las pautas de distribución espacial de rasgos rituales tales como edificios públicos, monumentos, plazas, petroglifos o pictogramas, y diversos indicadores ancestrales. La combinación de los enfoques de distribución para el examen de conjuntos *nonsite* mediante perspectivas interpretativas que examinan la potencialidad de fondo de los espacios y las representaciones sociales de los mismos (Hirsch, 1995), mejora el potencial para evaluar críticamente la incorporación ritualizada de lugares especiales a los paisajes segregados de los centros de población y actividad, dentro del entorno construido por un grupo.

Recurriendo al conocimiento tradicional de ideas sobre referentes cosmológicos de una supuesta larga historia, los investigadores evalúan los órdenes sociales que ayudan a condicionar cómo las comunidades estructuran y organizan la ocupación física de lugares. Los estudios sobre paisajes rituales usan, de forma creciente, constructos analógicos como herramienta explicativa (cfr. Wylie, 1985). Los investigadores basan, en parte, sus esfuerzos en la premisa de que es posible establecer afirmaciones probabilistas acerca de lo que, condicionando las variables identificadas de los modelos etnográficos idealizados, podría o no podría ser aplicable al pasado.

Reconociendo la imposibilidad de conducir las investigaciones etnográficas utilizando métodos arqueológicos (véase Whitley, 1992), los investigadores también trabajan desde la //pág. 179// suposición de que las configuraciones espaciales fundamentales, arqueológicamente visibles, podrían relacionarse con ciertos rasgos sociales y con mapas cognitivos culturalmente específicos (Cowgill, 1992, pp. 562-564). Las observaciones arqueológicamente cuantificables proporcionan las bases materiales para el cálculo probabilista de patrones basados en principios cognitivos coherentes (Rappaport, 1990, pp. 12, 15). Los estudios sobre paisajes rituales emplean, por tanto, modelos cognitivos espaciales derivados de materiales etnográficos, para buscar en el pasado pautas de similitud o disimilitud. Estas pautas, posiblemente, se relacionan con cambios en el modelo profundo de las líneas maestras, conceptualmente bien fundadas, que ayudan a condicionar la estructura subyacente, aunque no el contenido específico, de la conducta (este tema se discutirá más adelante).

Las alteraciones físicas de los espacios que corresponden a fenómenos astronómicos o cosmológicos son algunos de los aspectos del uso ritual del paisaje que mejor se pueden comprobar. Por ejemplo, los investigadores ligan la disposición de las ciudades mayas, las ruedas de la medicina de las praderas y numerosos rasgos del paisaje suramericano y del Este de los Estados Unidos, a alineamientos astronómicos o cosmológicos (Ashmore, 1991; Aveni, 1986; Brumley, 1988; Eddy, 1974, 1977; Grey, 1963; Kehoe y Kehoe, 1977; Lekson, 1999; Parcero *et alii*, 1988; Stein y Lekson, 1992; Swentzell, 1990b). En algunos casos, estos rasgos aún tienen su utilización tradicional, incluso aunque la historia de su construcción y uso pueda ser larga y compleja.

Paisajes étnicos

Los paisajes étnicos son constructos definidos en tiempo y espacio por comunidades cuyos miembros crean y manipulan cultura y símbolos materiales para expresar límites étnicos o culturales basados en costumbres o formas de pensamiento y expresión compartidas, que pueden no tener otra justificación que la tradición (Johnston, 1994, p. 81, citando a Bell y Newby, 1978). Aunque hasta el presente sea el más audaz de los enfoques sobre el paisaje, los paisajes étnicos ofrecen la promesa de ser una herramienta de interpretación altamente productiva (p. ej.: ver Reid, 1997; Snead, 1995; Stark *et alii*, 1995; Teague, 1993; Wilshusen y Ortman, 1999; Zedeño, 1997). El concepto de que el paisaje puede utilizarse para señalar o recrear una identidad sociocultural es fundamental y está ya bien consolidado en la investigación actual (Ashmore, 1989; Bradley, 1993b, 1997; Gillespie, 1991; Hodder, 1987; Ingold, 1992; Linares, 1977; Taçon, 1994).

Como consideramos mucho más adelante, los esfuerzos de los arqueólogos para implementar estudios sobre paisajes étnicos, al igual que en la Ecología de asentamientos y en los paisajes rituales, depende del reto de definir el concepto de cultura. La idea de un paisaje étnico, en Arqueología, inicialmente parece tener raíces parciales en la construcción clásica de Kroeber (1923, 1939; véase también Benedict, 1934) sobre el “área cultural”, incluso aunque el empleo contemporáneo de este enfoque reconozca ahora que la etnicidad no está atada a los espacios físicos.

La creación de las “áreas culturales” es fundamental en la concepción de Kroeber (Kroeber, 1923, 1939) de la naturaleza supra-orgánica de las sociedades humanas y sus historias. //pág. 180// Él veía el área cultural como una gran extensión geográfica con una Ecología común y un conjunto de adaptaciones compartido. Basado en las distribuciones espaciales de cultura material, rasgos, costumbres e instituciones, el concepto de área de cultura engloba tres aspectos: (1) el *núcleo (core)*, donde una determinada configuración cultural es predominantemente exclusiva o *cuasi-exclusiva*; (2) el *dominio (domain)*, donde la configuración cultural es predominante entre otras varias y (3) el *ámbito (realm)*, donde la configuración cultural no es predominante sino que está subordinada a, al menos, otra configuración distinta.

En la práctica arqueológica tradicional, dirigida a la elaboración de secuencias histórico culturales (p. ej.: Willey y Philips, 1958), los investigadores intentan aplicar el concepto de área cultural mediante distribuciones y frecuencias espaciales comparativas de ciertos rasgos de la cultura material, considerados el diagnóstico de determinados grupos culturales a lo largo del tiempo. En realidad, los arqueólogos se enfrentaron a dificultades conceptuales en sus construcciones del pasado conforme cambiaban su análisis desde las “regiones” ocupadas por grupos culturales dispares, a las “localidades” ocupadas por comunidades culturalmente bien diferenciadas. Por esta razón, las dinámicas políticas y sociales de los lugares culturalmente constituidos, englobados en “regiones”, se han demostrado, a menudo, elusivas. Estas dificultades pudieron impulsar la asunción de la presencia de una población localizada, relativamente homogénea, con una historia en común; incluso cuando la evidencia arqueológica inspiraba intensos debates sobre movilidad y cambio rápido (p. ej.: Lipe *et alii*, 2000).

La etnicidad puede ser vista como una manera en la que los individuos definen su identidad y como un tipo de estratificación social que se da cuando la gente forma grupos basados en sus orígenes comunes, tanto si son reales como si son sólo una percepción (Hiebert, 1994, p. 172). La etnicidad, sin embargo, no es importante de forma uniforme en todos los grupos culturales. En algunos casos, pudiera ser vista como una táctica de adaptación. Y más aún, la etnicidad puede o no manifestarse en espacios geográficos concretos.

Las ambigüedades asociadas con el estudio y explicación de la etnicidad siembra de retos formidables la investigación arqueológica. Claramente, el estudio de los paisajes étnicos no es importante para todas las investigaciones arqueológicas. A pesar de ello, la aventura de la aproximación a un paisaje étnico es doble.

Primero y como observación general: ya que la etnicidad, invariablemente, implica conductas inclusivas y exclusivas, los arqueólogos esperan, razonablemente, encontrar –si tales relaciones sociales fueron importantes dentro de una determinada comunidad en determinado tiempo y espacio– evidencias de representaciones étnicamente diferenciadas en sus estudios morfológicos, estilísticos y espaciales. Por analogía con conclusiones de otras ciencias sociales, las expresiones étnicas tienden a ser máximamente cohesivas e identificables bajo circunstancias de emigración o relaciones de poder asimétricas (ver Hiebert, 1994).

Segundo, aunque las representaciones étnicas no tengan forzosamente representaciones espaciales, la formación de comunidades étnicas es proyectada en términos de acción social, guiada por la tradición e interpretada, en el escenario de las relaciones de las personas con sus entornos, para crear sus paisajes (Anschuetz *et alii*, //pág. 181// 2000). Dondequiera que se concentre una red de individuos interactuando en un territorio determinado, incluso aunque estén asociados con él de forma muy flexible, las comunidades pueden mantener un sentido coherente de afiliación con el sitio (Appadurai, 1992; Appadurai y Breckenridge, 1988; Deleuze y Guattari, 1986; Gupta y Ferguson, 1992; Gupta *et alii*, 1992; Kapferer, 1988; Rosaldo, 1988).

Evidentemente, los paisajes étnicos, como otros paisajes, son extremadamente complicados porque son escenarios de procesos y cambios culturales para múltiples comunidades tanto simultánea como secuencialmente. Como tales, los paisajes exhiben una historia variada y unos intervalos de ocupación siempre cambiantes (Barth, 1969; cfr. Rouse, 1965). En estudios arqueológicos recientes hay investigadores que exponen las restricciones de la etnicidad en las sociedades de tipo estatal (p. ej.: Emberling, 1997). Cada vez está más claro, sin embargo, que la etnicidad es una característica importante de muchas comunidades pre-estatales (p. ej.: Reid, 1997; Wilshusen. y Ortman, 1999). Consideraciones arqueológicas fructíferas como las de Aldenderfer (1993), Cordell y Yannie (1991), Emberling (1997, pp. 320-324), Kowalewski *et alii* (19083), Linford y Martínez (1995), Lipo *et alii* (1997), Murra (1982), Stark *et alii* (1995) y Stone y Downum (2000), ayudan a establecer la importancia de este tema para su inclusión en un paradigma del paisaje.

Discusión

Añadir y mejorar los primitivos enfoques arqueológicos al estudio de las distribuciones espaciales arqueológicas, a la Ecología de los asentamientos, a los paisajes rituales y a los paisajes étnicos conlleva aspectos importantes de los paisajes. También contribuyen las incursiones útiles e importantes en las dinámicas conductuales de las comunidades del pasado y en sus pautas de cambio.

Estos tres enfoques también comparten la perspectiva de que las personas son algo más que receptores pasivos del cambio impuesto desde fuera de su sistema cultural. Las personas son agentes que contribuyen a las condiciones que aseguran la reestructuración y reorganización de sus interacciones con sus escenarios físicos, con otros miembros de sus respectivas comunidades y con residentes en comunidades ajenas. Al enfatizar aspectos diferentes de las dinámicas y de las relaciones del paisaje, los enfoques de la Ecología de los asentamientos y de los paisajes rituales y étnicos se complementan mutuamente. Como conjunto de ideas relacionadas, ayudan a formar un marco general para la construcción de un cuerpo conceptual más comprensivo para la arqueología de los paisajes.

Antes de llevar acabo esta tarea, sin embargo, debemos considerar las ideas subyacentes compartidas por los tres enfoques. La unificación de los tres es posible en términos de cuatro importantes conceptos antropológicos: cultura (cfr. Taylor, 1871); White, 1959), tradición (Peckham, 1990; Trigger, 1991), sabiduría ancestral (Atran, 1990) y el inevitable cambio socio-cultural (Plog, 1974; véase también Minnis, 1985). //pág. 182//

La cultura continúa siendo el tópico central del debate antropológico desde los comienzos de la disciplina hace más de un siglo. Aunque la cultura sea un concepto unificador a lo largo de gran parte de la historia de la Antropología, su conveniencia se ha convertido en un tema de debate desde que Kroeber y Kluckhohn (1952) señalaron la multiplicidad de significados que le adscribían los tratadistas. En la década pasada, las críticas al concepto de cultura, generalmente, se enfocaron en el tema de que *cultura*, inevitablemente, “sugiere limitación, homogeneidad, coherencia, estabilidad, y estructuras, mientras que la realidad social está caracterizada por variabilidad, inconsistencias, conflicto, cambio y acción individual” (Brumman, 1999, p. S1). Específicamente en Arqueología, los investigadores señalan repetidamente que “la Cultura... claramente, no es monolítica” (Leonard y Reed, 1993, p. 649, énfasis en el original).

Tal como se usa aquí, *cultura* con mayúscula es solamente un sistema humano, conductual y cognitivo, para producir, almacenar y transmitir información (p. ej.: véase Anschuetz, 1998, pp. 31-80, de Ford, 1977; Hall, 1959, 1969; Kirch, 1980; Rappaport, 1979; Trigger, 1991; Tylor, 1871; White, 1949; entre otros). Las pautas de este flujo de información son altamente selectivas en lo que se refiere a las clases de datos y a cómo estos se transmiten entre las personas vivas y entre las generaciones sucesivas. Más aún, las percepciones y los valores significantes asignados, dentro de la comunidad humana, se definen culturalmente. Así, a través de las rutinas diarias, de las creencias y valores, las comunidades transforman sus alrededores físicos en lugares significativos según pautas concretas de morfología y disposición. A través de modificaciones físicas, de experiencias íntimas y de intercambio de recuerdos, las comunidades reforman el estado natural de sus espacios geográficos para legitimar los significados que ellas confieren al paisaje. Parafraseo

seando a Boone (1994, p. 7) podríamos decir que los pueblos generan un paisaje como producto cultural, y que sus contemporáneos y sus descendientes lo heredan y habitan para sus propios fines. En este proceso, la conceptualización del paisaje de un grupo se convierte en un elemento clave de su herencia cultural, y dota a la comunidad con un sentido propio del tiempo y del espacio.

Este sentido del tiempo y del espacio propio de cada comunidad, a su vez, ayuda a organizar la estructura y la pauta de ocupación de las áreas de las que se sostiene, y del empleo del más amplio medioambiente físico (véase Anschuetz, 1998, pp. 47-50). Las tradiciones, generalmente relacionadas con las creencias de la gente sobre “cómo llegaron a ser lo que son” (Peckham, 1990, p. 2), unifican las formas a través de las cuales la gente de una comunidad cultural crea y ocupa sus paisajes en tiempo y espacio. Peckham (1990, pp. 2-5) admite que, aunque las tradiciones son proclives al cambio (y así pueden analizarse desde un punto de vista evolutivo (p. ej.: véase Anschuetz, 1998, pp. 44-58 para un debate más completo) y son dinámicas, permiten la persistencia y la continuidad del significado. Estas cualidades sostienen un sentido del tiempo y espacio del grupo sobre el paisaje, incluso cuando ocurren cambios sutiles en las tradiciones a lo largo de su uso diario, ya que la gente responde y se prepara ante las distintas circunstancias.

Trigger mantiene que las tradiciones nacen “de la necesidad de pautas o principios estructurales que proporcionen cierto grado de coherencia y de significado a la inacabable // **pág. 183**// variedad de conceptos que la mente humana es capaz de inventarse y manipular” (1991, p. 557, citando a Gellner, 1982, pp. 116, 117). Como observa Anschuetz (1998, pp. 44-58), la comprensión compartida de los significados define el contenido de las tradiciones. Dos temas cruciales subyacen en esta afirmación. Primero, tal como Whorf (1956, pp. 213-214) argumenta, está implícito y es obligatorio que todos los miembros de la comunidad compartan una misma visión del mundo. Segundo, basándose en la tesis de Whorf, Lakoff y Johnson (1980, p. 3) sostienen que los conceptos fundamentales subyacen y la estructura humana piensa; estos conceptos son asunto no solo del ámbito de lo intelectual sino del de la acción, e incluyen asuntos diarios rutinarios. En consecuencia, podemos esperar que las personas que pertenecen a comunidades en interacción intensa y formal con sus entornos definan y marquen su ocupación de los espacios físicos en modos pautados de residencia, subsistencia y otras actividades.

Incluso aunque las tradiciones condicionen la estructura y la organización de la conducta humana, la cultura no juega de forma tiránica un papel determinista. Siguiendo a Trigger, las tradiciones no son totalmente determinantes “porque la capacidad humana de razonar permite a los individuos manipular y modificar la cultura en mayor o menor grado” (1991, p. 559) cuando “se dan cuenta de sus propios cambios de necesidades y aspiraciones” (1991, p. 560). Una consecuencia de esta flexibilidad en la conducta evidenciada es que los sistemas culturales humanos acogen una variabilidad conductual interna mucho más extensa de lo que los antropólogos y arqueólogos tradicionalmente reconocen (Rambo, 1991, pp. 71-72; ver también Trigger, 1991, p. 552). Peso a ello, la necesidad de un orden estructural y de una coherencia de significado enmarcan la variación contingente de la cultura y su inacabable capacidad de elaboración (Trigger, 1991, p. 561; véase también Atran, 1990; Berlin, 1973; Berlin *et alii*, 1974; Lakoff, 1987; Nazarea, 1999a; Shore, 1996 para debates etnológicos sobre las estructuras que condicionan la percepción y la experiencia).

Dado que las tradiciones son el medio de transmisión de la información entre humanos, necesitamos considerar, forzosamente, cómo ayuda la cultura a estructurar la percepción y las pautas de transmisión de la información. Se nos presenta aquí pues, relevante, la idea del papel condicionante de los conocimientos ancestrales.

El conocimiento ancestral se refiere a los procesos y resultados de ciertas clases de formas de pensar ordinarias en las que la gente confía como en una fuente indudable del pensamiento verdadero de su mundo diario (véase Atran, 1990, pp. 1-4, 275 n° 1 para su discusión sobre el *sentido común*). El conocimiento ancestral se refiere a los hechos perceptibles y estructura su trascendencia de forma cognitiva (de Atran, 1990, pp. 1-4). Como son propuestas universales mantenidas por todos los miembros de una sociedad, la validez de tales creencias está más allá de toda cuestión. Las relaciones íntimas de las personas con las propiedades secundarias de ciertos fenómenos mundiales les permiten entender y describir con precisión la esencia de las cosas que experimentan. Por una parte, el conocimiento ancestral “es justo la forma en que los humanos están constituidos para pensar en las cosas” (Atran, 1990, p. 2). Por otra, define y delata su visión del mundo. Tal como la define Geertz, *visión del mundo* es “la imagen que se hacen las personas sobre lo que es la pura realidad de las cosas, sobre su concepto de la naturaleza, de sí mismos y de la sociedad. Contiene sus más comprensivas ideas sobre el orden” (1973, p. 127 [1957]). //pág. 184//

Aunque el conocimiento ancestral no es una manifestación rara entre culturas o, incluso, dentro de culturas específicas, algunas regularidades debidas al cruzamiento de culturas ocurren en los sistemas clasificatorios sobre los que se imponen las creencias del sentido común. La importancia del conocimiento ancestral para los estudios del paisaje se hace evidente en la observación de Nazarea, según la cual “el paisaje, o lo que está ahí fuera, se procesa a través de la percepción, la cognición y la toma de decisiones humana, antes de que se formule ningún plan ni estrategia, ni de que se ejecute ninguna acción individual o colectiva” (1999b, p. 91). El paisaje, pues, trata con cada aspecto de la gestión de recursos que subyace “al sentido de lugar, es decir: los filtros a través de los que ellos construyen el entorno y estiman sus posibilidades de escoger y sus oportunidades de desafío y rechazo” (Nazarea, 1999, p. 105). Al ser las cuestiones temporales de estructura y organización conductuales focos de interés para la Arqueología, los distintos restos materiales que constituyen el registro arqueológico ayudan a definir y a evaluar los paisajes del pasado.

Al igual que el medio ambiente, la cultura, la tradición y los significados asignados al esquema clasificatorio del sentido común cambian con el tiempo. Estas características son todas ellas propiedades dinámicas de la vida humana: ni son estáticas ni inmutables. Como indica Plog (1974, pp. 8, 9, siguiendo a Braidwood, 1968 y otros), explicar los cambios ha sido el objetivo primordial de la Arqueología desde la segunda mitad del siglo veinte.

Aunque el cambio sea inevitable, la necesidad de mantener el orden y la coherencia encuadra la variación contingente de la cultura y su inacabable capacidad de elaboración (Trigger, 1991, p. 561). Discontinuidades marcadas en el registro arqueológico que signifiquen, bien la descomposición, bien la ruptura revolucionaria del marco cultural establecido que delimita cierto margen de conducta, probablemente sean raras. En su lugar, será más probable que los cambios en las pautas de los paisajes históricos, para una comunidad cultural en concreto, sostengan continuidades fundamentales, estructurales y organizativas mediante la tradición identificable de la comunidad.

La cuestión que queda no es la de si los conceptos de paisaje son útiles para la Arqueología, o si se comportan como la práctica arqueológica tradicional, o si pueden acomodarse y encarar la crítica postmoderna. La cuestión es si la Arqueología puede contribuir a una explicación científica sistemática de las dinámicas del paisaje en el tiempo.

Construyendo una Arqueología de los paisajes

La construcción de una Arqueología de los paisajes presenta cuatro retos principales. El primero, ¿cómo contribuye un enfoque de paisaje a la indagación arqueológica, centrandó su atención en las fuentes de variabilidad conductual, que han sido típicamente ocultas en tiempo y el espacio por la sistemática de la arqueología tradicional? El segundo, ¿Cuáles son las asunciones generales que existen tras la validez y los límites de nuestra comprensión de la Arqueología de los paisajes? El tercero, ¿cómo concilian los investigadores –o, al menos, cómo reconocen– las diferencias potenciales entre las opiniones culturales tradicionales //pág. 185// y los análisis antropológicos de los paisajes? Y el cuarto, ¿cómo encaja el paisaje en el más amplio reto de hacer que la Antropología sea científicamente viable sin perder su fuente de información tradicional?

Sistemáticas arqueológicas y paisajes

Si los investigadores imaginan “los paisajes” a una escala analítica espacial, podría sugerirse que con ello se combinan algunos de los aspectos que integran conceptos tales como “tradición” y “horizonte”. Por ejemplo: un paisaje arqueológico pudiera verse como la intersección de una continuidad espacial con un sistema cultural determinado (p. ej.: un horizonte arqueológico) dentro de una tradición temporal específica. Sin embargo, la simple conceptualización del paisaje como una unidad de escala analítica es inapropiada. En la mayor parte de las regiones del mundo la mínima unidad básica para definir la intersección entre la dimensión espacial de un horizonte arqueológico y la continuidad temporal de una tradición es una “fase”. Una fase, en su forma más básica, representa la expresión local/regional de varios componentes de ocupación. Aunque la dimensión espacial de una fase o de un horizonte dentro de una región, sea importante para la investigación arqueológica, en sí misma no constituye un enfoque del “paisaje”.

Un enfoque de paisaje no es isomorfo con la sistemática espacio-temporal. Como constructos culturales que enmarcan cómo las personas interactúan con sus entornos estructurando sus percepciones y significados, incorporan recursos objetivos (tangibles y cuantificables en términos materiales) y propiedades subjetivas (menos tangibles, en términos materiales, y por tanto más cualitativas). Los paisajes, después de todo, son una interacción dinámica entre naturaleza y cultura y no una imposición superficial de la cultura a la naturaleza. Cada grupo introduce sus propias pautas de ocupación, material y no material, añá-

diendo estratos a los restos materiales del uso anterior o contemporáneo de otros grupos culturales (Anschuetz *et alii*, 1999, p. 9).

Las sistemáticas arqueológicas tradicionales de tiempo y espacio veían típicamente el espacio cultural como algo limitado geográficamente y entendían el tiempo como una progresión lineal. Los análisis de fase, y los marcos analíticos espacio-temporales similares, recalcan las similitudes culturales materiales de los grupos, y tienden a homogeneizar los restos para formar firmas culturales. Los análisis de fase no son especialmente buenos para prestar atención a los fenómenos culturales potencialmente contemporáneos, cuya modelización está condicionada, en parte, por procesos históricamente contingentes, basados en el contraste entre percepciones culturales, acciones y relaciones.

Aunque la idea de que la cultura es un sistema abierto no es nueva ni extraña para muchos arqueólogos, las identificaciones en común de grupos y áreas culturales con criterios tipológicos estrechamente definidos “lleva implícito un concepto cerrado de cultura” (Green y Perlman, 1985, p. 6). Un enfoque paisajístico reconoce que los escenarios de la acción y la ocupación humana comportan múltiples nivel, y que cada grupo situado en un asentamiento concreto imbuye, en ese espacio, sus propias sensaciones espacio-temporales, con independencia de las intenciones, frecuencia o intensidad de uso. //pág. 186//

Los paisajes incorporan, de forma concurrente, aspectos de historias míticas, pasadas y actuales: tienen esa capacidad de simultaneidad. La temporalidad y la historicidad se mezclan en la experiencia de quienes crean orden en sus comunidades y reproducen la sociedad, porque las acciones humanas y los acontecimientos no son ocurrencias aisladas sobre la tierra (Ingold, 1993, p. 157; véase también Jackson, 1995, p. 43). Gentes de diversas comunidades culturales pueden compartir espacios simultáneamente en el entorno físico, cada uno obteniendo valores (materiales y no materiales) útiles, aunque potencialmente opuestos, de los lugares que ellos perciben y a los que dan significado.

Los atributos de temporalidad y simultaneidad del paisaje contribuyen a una potencial confusión temporal de cultura material. En las dos décadas pasadas, numerosos estudios han mostrado que existen relaciones complejas entre los restos materiales culturales, las construcciones de etnicidad u otra identidad grupal, y el estatus socioeconómico (p.ej.: Barrett, 1994; Braun y Plog, 1982; Brinitsky *et alii*, 1985; Clark y Parry, 1990; Hodder, 1982, 1985, 1986; Longacre, 1991; Mills y Crown, 1995; Skibo *et alii*, 1995). Es importante señalar que los límites pueden manifestarse de forma diferente entre los dominios de la conducta interpersonal y el uso, desecho y pérdida de la cultura material. En consecuencia, las ideas de temporalidad y simultaneidad requieren un cambio en las escalas de observación analíticas.

Aunque un enfoque de paisaje reconozca la inherente fluidez y permeabilidad de los límites que se establecen de forma muy estricta, la persistencia de “lugares especiales” en su interior puede servir para definir un paisaje. La información arqueológica sobre las cualitativamente diferentes tácticas y estrategias pueden servir para distinguir grupos co-residentes opuestos. De esta manera, mediante la compensación de aquellas construcciones del paisaje que favorezcan de forma selectiva nichos ecológicos cualitativamente diferentes, es posible reconocer dos o más comunidades que ocupen el mismo espacio físico (Anschuetz *et alii*, 1999, p. 9).

La existencia de límites fluidos, intercalados dentro del entorno físico, recuerda la idea de las zonas fronterizas (Gupta y Ferguson, 1992; Gupta *et alii*, 1992) y los etno-paisajes (Appadurai, 1992). El cambio y las diferencias que existen entre amplios patrones históricos “a menudo son visibles al máximo en las periferias y, en algunos casos, es allí donde son más activos” (Green y Perlman, 1985, p. 9; y véase también Cordell y Yanie, 1991; Feinman, 1994; Marcus, 1992, 1998; Schortman y Nakamura, 1991). Los conceptos de zonas fronterizas, junto con la indeterminación de lugares, son guías maestras potencialmente productivas entre las construcciones de paisajes de comunidades diferentes dentro de un área geográfica común.

A la luz de los numerosos matices contextuales que condicionan las distribuciones espacio-temporales de los restos arqueológicos, podemos pensar más apropiadamente en el paisaje de una manera tal que examine las tácticas y estrategias subyacentes a la ocupación de los espacios geográficos que van en paralelo con las sistemáticas espacio-temporales de Willey y Philips (1958). Los paisajes, en su conceptualización, son la intersección de la historia de un grupo concreto con los lugares que definen su ámbito espacial. En la práctica, //pág. 187// los investigadores reconocerán múltiples comunidades culturales y posiblemente numerosos grupos étnicos y sociales dentro de los “paisajes” que estudien. En consecuencia, los arqueólogos deberían tener en cuenta con antelación que el registro arqueológico, potencialmente, puede representar múltiples historias del paisaje.

A primera vista, los muchos retos que las dinámicas de los paisajes y su inherente carácter multidimensional presentan al pensamiento arqueológico, pudieran parecer demasiado formidables para asegurar el uso de un enfoque de paisaje. Pese a ello, cuando se considera las muchas limitaciones que impone el análisis tradicional de las “fases”, los méritos potenciales de un enfoque de paisaje sugieren que no deberíamos descartarlo prematuramente.

Al adoptar un enfoque paisajístico, el centro del estudio arqueológico se desplaza hacia la identificación y datación de las historias ocupacionales de comunidades concretas, dentro de un espacio geográfico dado, a través de las tácticas y estrategias usadas por ellas para interactuar y sobrevivir en sus entornos. Cuando se traza la trayectoria del desarrollo pasado de una comunidad, deberíamos ser capaces de dibujar gráficamente, en una serie de diagramas de Venn, las diversas formas, incluidas las ecológicas, rituales y étnicas, en las que la gente ocupó su paisaje concreto. En resumen, un enfoque de paisaje complementa la sistemática espacio-temporal tradicional en la Arqueología mediante sus medios de análisis científicos y procesuales, a la vez que, al mismo tiempo, integra la historia y los actos humanos en sus construcciones (ver discusión más adelante).

Construyendo una epistemología para la Arqueología de los paisajes

La Arqueología no es sino una parte de un paradigma del paisaje. Por sí sola no puede enfrentarse a todas las partes de un verdadero conocimiento integral de la Antropología de lugar. Una comprensión integrada de las construcciones culturales del entorno, como de

otros aspectos de la conducta humana, debe incluir la atención a las sistemáticas espacio-temporales. Para construir una epistemología de una Arqueología de los paisajes se necesita tener “correspondencias entre un *dominio del conocimiento*, p. ej.: conceptos y proposiciones, y un *dominio de los objetos*, p. ej.: experiencias y cosas” (Gregory, 1994c, p. 168, citando a Hindess, 1977. Cursivas en el original). En contraste a este marco, es necesario aclarar lo que se entiende por conocimiento dentro de este enfoque.

Los arqueólogos y antropólogos culturales se encuentran en una posición idónea para hacer comparaciones *cross-cultural*. En términos de las sistemáticas espacio-temporales subyacentes, los estudios comparativos de los antropólogos culturales son normalmente sincrónicos y ampliamente geográficos. En virtud de su gran profundidad temporal y de su perspectiva diacrónica, los arqueólogos están realizando notables progresos en la explicación de los procesos de cambio cultural. Sin embargo, tienen menos éxito en interpretar e identificar las diferencias en la morfología y la disposición de la conducta dentro de sistemas culturales concretos, incluso a escalas locales (p. ej.: Binford, 1983).

Un paradigma del paisaje mantiene la promesa de los arqueólogos de centrar sus ya considerables habilidades interpretativas en otras vías de investigación provechosas. El enfoque facilita la identificación y la explicación de los procesos interactivos //pág. 188// que operan entre las diversas tácticas y estrategias económicas, sociales y conceptuales que utilizan los humanos cuando luchan por su sustento y el de la comunidad, enfrentados a unas condiciones medioambientales siempre cambiantes (Stone, 1993, p. 78). Mediante este marco coherente, el paisaje considera que las diferencias observadas en las propiedades físicas y en las pautas espaciales de los conjuntos arqueológicos a través de los espacios pudieran ser parte de un todo dinámico mayor.

La tarea es identificar y evaluar el contexto, la morfología y la disposición de los restos arqueológicos para explicar la conducta humana y los procesos culturales. Para llevar a cabo este objetivo, los arqueólogos necesitan atender a las sistemáticas espacio-temporales dentro de un marco, crecientemente integrado, que examine cómo las comunidades humanas organizan las interacciones diarias con sus entornos. Necesitamos contemplar los restos materiales de forma diferente para mejorar nuestras pautas de reconocimiento, nuestras habilidades y, por último, nuestras capacidades explicativas, para conseguir un mayor nivel de síntesis ecológico-histórica. La variación en la morfología y disposición de los conjuntos arqueológicos a través del espacio físico, más que una rúbrica absoluta de diferencia cultural, pudiera permitir la comprensión de la serie de tácticas y estrategias utilizadas por las personas de cara a las impredecibles condiciones medioambientales y mantener la coherencia con sus comunidades culturales de una generación a otra.

Dos grupos complementarios de unidades analíticas son necesarios para la implementación de un enfoque arqueológico comprensivo: el arqueológico y el medioambiental (Schieck *et alii*, 2000). Ninguno de ellos representa un cambio respecto a las unidades tradicionales comunes en la práctica arqueológica de hoy en día. En lo que se diferencia es en la cuidadosa atención a la subdivisión de los grupos de unidades, midiéndolos, y diseñando análisis para examinarlos. Los arqueólogos necesitan tecnologías para aislar, observar y medir que las observaciones arqueológicas que aseguran los datos no adopten los mismos procesos conductuales que están interesados en explicar. Para estos conjuntos de informa-

ción resultantes se necesita crear unidades analíticas importantes para la definición y construcción del paisaje físico arqueológico (Scheick *et alii*, 2000).

El paisaje arqueológico es el palimpsesto del residuo cultural que producen los procesos culturales y naturales, operando a diferentes escalas espacio-temporales (véase Wandsnider, 1998, pp. 87, 90). Como tal, representa una distribución espacial, enrevesada pero pautada, de los restos arqueológicos. El medio ambiente es la suma de elementos bióticos y geológicos dentro de un espacio geográfico concreto. Sus distribuciones espacio-temporales determinan la estructura dinámica del entorno físico que, a su vez, ayuda a condicionar la toma de decisiones y las actividades de las personas para asegurar su supervivencia.

Las unidades arqueológicas y medioambientales que se identifican para su estudio son, respectivamente, descriptores de los paisajes arqueológicos y físicos. Las diferencias en las unidades arqueológicas representan, en parte, el resultado de las elecciones que los grupos llevan a cabo a través de sus interacciones con el espacio físico que ocupan. Las unidades medioambientales controlan alguna de las variaciones naturales con las que la gente interactúa. Al mismo tiempo, las diferencias en las unidades de medio ambiente ayudan a estructurar las acciones y las matrices de toma de decisión del grupo. //pág. 189//

Para construir una arqueología de los paisajes, los arqueólogos deben empezar por definir los parámetros naturales y culturales que condicionan, de forma diferencial, cómo las personas ocupan los lugares concretos y cómo organizan sus actividades en el tiempo y el espacio (Scheick *et alii*, 2000). Al definir estos parámetros, se puede entender mejor la estructura y organización de las acciones humanas dentro de sus entornos. La definición de parámetros lleva cuatro pasos jerárquicos: (1) definición de los segmentos arqueológicos y de paisaje físico que centran nuestro estudio, (2) identificación de las conexiones entre estos segmentos, (3) establecimiento de sus intersecciones, y (4) definición del paisaje por medio de la integración de estas intersecciones.

Por medio de los análisis, los arqueólogos necesitan caracterizar las diferencias internas dentro de sus unidades analíticas, examinar las diferencias espaciales entre esas unidades e identificar los factores de cálculo que pudieran ser responsables de algunas de las variaciones observadas (de Scheick *et alii*, 2000). Mediante el reconocimiento de los patrones y de los análisis estadísticos, se analizan las posibles correspondencias entre las unidades analíticas y, por último, las de los segmentos arqueológicos y de paisaje físico. Durante este proceso se debería (1) definir algunos de los parámetros físicos y culturales que configuran las construcciones del paisaje dentro de un espacio geográfico concreto, y (2) identificar y calcular las pautas visibles que ligan los segmentos arqueológicos y de paisaje físico.

Al documentar y calcular las diferencias dentro y entre las unidades analíticas arqueológicas, los investigadores pueden describir y evaluar, de forma comprensiva, el paisaje arqueológico. Al distinguir entre componentes *onsite* y *offsite* del registro arqueológico, se podría discernir entre áreas de uso intensivo de la tierra y otras de uso no intensivo, con las primeras como representación de espacios ocupados y las segundas como espacios de actividad. Mediante el estudio de las distribuciones espaciales y de las interrelaciones entre restos arqueológicos aislados, conjuntos arqueológicos combinados y el espacio abierto no material, se podrían identificar aspectos de la estructura del paisaje arqueológico. Incluidas en los paisajes arqueológicos están: (1) espacios de acción dentro de los que las personas

centran sus interacciones económicas, sociales y conceptuales con sus entornos, (2) espacios de búsqueda, en los que las personas interactúan para satisfacer necesidades concretas, y (3) espacios de conciencia, con los que los grupos mantienen un mínimo nivel de conocimiento, incluso aunque nunca lleguen a visitar los lugares personalmente (Clark, 1998 pp. 4, 29, 360). Una contribución adicional a la estructura de paisajes arqueológicos son los procesos dinámicos subyacentes al paisaje físico, que operan en una diversidad de escalas que afecta a lo que ven los investigadores en el registro arqueológico contemporáneo (Wandsnider, 1998).

Opiniones, tradicionales y arqueológicas, sobre los paisajes

La documentación de contextos históricos que identifica y justifica la importancia de los científicos interesados principalmente en la construcción y explicación del pasado es mucho menos //pág. 190// relevante para las comunidades tradicionales, interesadas más que nada con temas sociales contemporáneos sobre la supervivencia de su cultura (Levine y Merlan, 1993, p. 55). Para aquellos arqueólogos que trabajan con bienes culturales tradicionales (p. ej.: Parker, 1993; Parker y King, 1990), es muy de recomendar el concepto de paisajes como forma de enlazar el presente con el pasado. Los paisajes (1) se asocian con prácticas culturales o creencias enraizadas en las historias de las comunidades existentes y son esenciales para sostener las identidades culturales (Parker y King, 1990; Ver también Parker, 1993), (2) están conformadas por gentes para servir a sus necesidades y para reflejar su cultura (Friedman, 1994), y (3) son examinadas por gente de diferentes comunidades culturales (Cowley, 1991, 1994).

El “lenguaje” de los paisajes es mucho más rápidamente accesible a las personas de las comunidades tradicionales que la terminología arqueológica usual empleada en la investigación científica o las disposiciones legales destinadas a proteger los recursos culturales tales como yacimientos y bienes culturales tradicionales como las áreas de recolección de plantas medicinales (Anschuetz y Sceick, 1999; Carroll, 1993; Cushman, 1993; Echo-Hawk, 1997, 2000; Ferguson *et alii*, 1993). Hablar de los lugares del pasado como sacados del presente, es decir, no como parte de los paisajes contemporáneos, tiene poco sentido para las gentes con sistemas de conocimiento tradicionales. Muchas comunidades agrícolas no occidentales ven la historia como parte de un proceso vivo que hace del pasado una referencia para el presente y del paisaje su propia memoria (Anyon *et alii*, 1997; Küchler, 1993; Morphy, 1993; ver también Anschuetz *et alii*, 2000; Ferguson *et alii*, 1993; Jackson, 1980; Parker, 1993). Como el concepto que tienen del paisaje las gentes de las comunidades tradicionales está basado en la tierra y orientado al proceso, el paisaje se comprende inmediatamente como algo más que un entorno construido en el presente (Tallbull y Deaver, 1997) o simplemente como un lugar cultural protegido (Cleere, 1995). Incrustadas en la narrativa de cada comunidad histórico-cultural, se encuentran fuentes importantes de conocimiento del pasado, acerca de cómo la gente utilizó, ocupó y transformó sus paisajes y de las consecuencias materiales de ello. La historia es recreada de forma continua en el

presente mediante las creencias y prácticas tradicionales del grupo, reafirmando de ese modo, de forma igualmente continua, las asociaciones histórico-culturales de la comunidad con sus paisajes (Parker, 1993, p. 4). Los paisajes, a su vez, se convierten en el espejo de una comunidad; son productos de las relaciones de las comunidades con sus alrededores, de acuerdo a cómo cada generación vive su vida y a cómo confiere los significados a esos alrededores.

Como arqueólogos, es importante también considerar el pasado, no sólo en los términos de nuestra disciplina, sino en términos de los pueblos indígenas. Un primer paso indispensable es la comprensión de que los espacios físicos, incluidos las extensiones de pastos, que rodean los centros residenciales, no son ni naturales ni siquiera parte exclusiva de la naturaleza. Los espacios físicos de un paisaje no son mudos en cuanto a la historia de la comunidad y a su herencia cultural.

Aunque un enfoque de paisaje no es un puente completo en sí mismo, facilita el diálogo activo entre grupos tradicionales que mantienen lazos con un lugar y los //pág. 191// arqueólogos que trabajan en la localidad. Tal diálogo presupone el reconocimiento de que el paisaje, incluidos los recursos arqueológicos cuantificables (p. ej.: artefactos, contextos y yacimientos) y las propiedades culturales (p. ej.: las características cualitativas que la gente asocia y usa con el sostenimiento su ocupación conceptual de los lugares y con la identidad de la comunidad). En muchos lugares se califican como tradicionalmente importantes, propiedades culturales o recursos arqueológicos relevantes (o ambos) cuya gestión debería ser parte de un paisaje más extenso. La ética del lugar (Wilkinson, 1992, pp. 132-161) y la Antropología del lugar (mostrada anteriormente) debieran ser un punto vital de solapamiento entre las comunidades tradicionales interesadas en su supervivencia cultural y la Arqueología contemporánea.

Resumen y conclusiones: paisajes, Arqueología antropológica y explicación del pasado

El eclecticismo terminológico y metodológico en el uso actual del término *paisaje* en los análisis arqueológicos aparece como consecuencia de que los investigadores intentan resolver muchas clases de problemas diferentes de forma aislada, utilizando un concepto cuyo apoyo paradigmático ha sido ya completamente definido. Una Arqueología de los paisajes ofrece expectativas de resolver algunos problemas acuciantes en Arqueología, proporcionando un conjunto de metodologías interdisciplinarias que albergan, si no es que integran, perspectivas teóricas contrapuestas.

A causa de que los paisajes son mundos de un producto cultural y representan el registro de los procesos dinámicos de las interacciones humanas con sus entornos, pueden justificar consideraciones de mayor alcance. Un enfoque de paisaje proporciona un marco para calcular fuentes de variabilidad conductual en el registro arqueológico y permite observaciones en un contexto más allá de los límites de las localizaciones físicas y de los límites de los yacimientos. Los enfoques enfatizan la contextualización de las conclusiones *onsite* en términos de espacios abiertos entre los restos de actividad examinados arqueológica-

mente y que, es casi seguro, que las personas movieran de un lado a otro y utilizaran en sus actividades diarias (Morrow, 1997, p. 161). Mediante un enfoque paisajístico, los investigadores pueden encuadrar cuestiones sobre cómo la morfología y disposición de los materiales arqueológicos representan, bien un diseño de la naturaleza o bien una imposición sobre ella (McHarg, citado en Price, 1997, p. 227). Las distribuciones espacio-temporales de los conjuntos arqueológicos se pueden usar para evaluar los cambios de pautas en las tradiciones culturales como realineamientos conductuales.

A causa de que la cultura material codifica la información de forma pautada, el uso de métodos inductivos puede decodificar las observaciones arqueológicas para ayudar a realizar inferencias sobre los significados del pasado que, de forma subyacente, observan las regularidades y las desviaciones (Rappaport, 1990, p. 86). Combinando un enfoque de paisaje con las sistemáticas espacio-temporales tradicionales, es posible incorporar la escala dinámica del análisis del paisaje //pág. 192// a la ajustada escala espacio-temporal de los análisis de las pautas características de la práctica arqueológica tradicional.

Las técnicas arqueológicas comunes como los patrones de asentamiento, formación social, histórica, distributiva, y análisis simbólicos, todas pueden contribuir a la construcción de un enfoque de paisaje. Cada una puede ofrecer respuestas parciales a la gran cuestión que nos permite plantearnos el paradigma del paisaje. La investigación actual sobre la Ecología de los asentamientos y los paisajes rituales y étnicos alcanza a ver el potencial del enfoque paisajístico. Un enfoque metodológico tan integrador podría facilitar el examen de temas tales como el uso ritual y la identidad étnica que están tomando importancia en la investigación arqueológica. Al ser el paisaje el escenario de la conducta económica, social y conceptual de todo el grupo, los estudios bajo este enfoque deben considerar contextos internos al lugar y contextos entre lugares. Más aún, el que los paisajes sean construcciones dinámicas necesita una búsqueda de pautas y de desarrollo de explicaciones holísticas más comprensivas, en las cuales, las personas, como actores, contribuyan a los cambios de sus condiciones de vida.

Las ideas del s.XX de Sauer y Jackson aún tienen vigencia. Verdaderamente el paisaje podría ser “el patrón que conecta” (Bateson, 1978) constructor aparentemente dispares. El paisaje nos permite percibir y abarcar la gran amplitud e interdependencia entre las partes que forman la extraña red de las interacciones de las personas con sus entornos.

La Arqueología, como parte integral de la Antropología, armada con su gran profundidad temporal, tiene el potencial para unificar este enfoque, verdaderamente interdisciplinario, en un todo coherente. Al hacerlo, un paradigma del paisaje podría permitir a la Arqueología contribuir de forma sustantiva a una comprensión de la Antropología de lugar, demostrando los límites del materialismo histórico estricto para explicar cómo las personas dan forma, creativamente, a sus entornos.

Reconocimientos

Queremos extender nuestro aprecio a Tina L. Thurston, Robert W. Preucel y a dos correctores anónimos por compartir generosamente con nosotros su conocimiento y su entusiasmo por el paisaje. También queremos mencionar a Gary M. Feinman por sus comentarios constructivos y por su considerable paciencia a lo largo de todo este proceso. Jane V. Sandoval proporcionó su ayuda con el procesador de textos. Aunque cada

una de estas personas nos ayudó a mejorar este ensayo, nosotros aceptamos totalmente ser los responsables de los errores y descuidos que en él aún queden.

Traducción de José Luis García Valdivia y L. García Sanjuán
Diciembre de 2003

Referencias Citadas

- Adams, R. McC. (1965). *Land Behind Baghdad: A History of Settlement on the Diyala Plains*, University of Chicago Press, Chicago.
- Adams, R. McC. (1981). *Heartland of Cities: Surveys of Ancient Settlement and Land Use on the Central Floodplain of the Euphrates*, University of Chicago Press, Chicago.
- Adams, R. McC., and NISSEN, H. J. (1972). *The Uruk Countryside: The Natural Setting of Urban Societies*, University of Chicago Press, Chicago.
- Agnew, J. A. (1994). Areal differentiation. In Johnston, R. J., Gregory, D., and Smith, D. M. (eds.), *The Dictionary of Human Geography*, 3rd edn., Blackwell, Oxford, pp. 25-26.
- Albarracín-Jordan, J. (1996). Tiwanaku settlement system: The integration of nested hierarchies in the lower Tiwanaku Valley. *Latin American Antiquity* 7: 183-210.
- Aldenderfer, M. S. (ed.) (1993). *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, University of Iowa, Iowa City.
- Anderson, K., and Gale, F. (eds.) (1992). *Inventing Place: Studies in Cultural Geography*, Longman Cheshire, Melbourne.
- Anschuetz, K. F. (1998). *Not Waiting for the Rain: Integrated Systems of Water Management for Intensive Agricultural Production in North-Central New Mexico*, Ph.D. dissertation, Department I of Anthropology, University of Michigan, University Microfilms, Ann Arbor.
- Anschuetz, K. F., and Scheick, C. L. (1998). Unveiling archaeological tierra incognita: Evaluating time, place-making and tradition through a cultural landscape paradigm. Paper presented at the 63rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Seattle.
- Anschuetz, K. F., and Scheick, C. L. (1999). Rio Grande Foundation for Communities and Cultural Landscapes. *Archaeology Southwest* 13(3): 9.
- Anschuetz, K. F., Scheick, C. L., Mack, S. R., Dorshow, W. B., and Baugh, T. G. (1999). *A Regional Approach to the Cultural Landscapes of Northeast New Mexico: A Research Design for the Ration Properties: Nahkéyaa: Our Footprints Are There*, Southwest Archaeological Consultants Research Series 425a, Southwest Archaeological Consultants, Santa Fe.
- Anschuetz, K. F., Ferguson, T. J., Francis, H., Kelley, K. B., and Scheick, C. L. (2000). "That Place People Talk About": *Ethnographic Landscape Literature Essays, Petroglyph National Monument*, Community and Cultural Landscape Contribution, No. 5. Rio Grande Foundation for Communities and Cultural Landscapes, Santa Fe.
- Anyon, R., Ferguson, T. J., Jackson, L., Lane, L., and Vicenti, P. (1997). Oral Tradition and archaeology: Issues of structure. In Swidler, N., Dongoske, K. E., Anyon, R., and Downer, A. S. (eds.), *Native Americans and Archaeologists: Stepping Stones to Common Ground*, Altamira Press, Walnut Creek, CA, pp. 77-87.

- Appadurai, A. (1992). Global ethnoscaples: Notes and queries for transnational anthropology. In Fox, R. (ed.), *Recapturing Anthropology: Working in the Present*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 191-210.
- Appadurai, A., and Breckenridge, C. (1988). Why public culture? *Public Culture* 1(1): 5-9.
- Ashmore, W. (1989). Construction and cosmology: Politics and ideology in lowland Maya settlement patterns. In Hanks, W. F., and Rice, D. S. (ed.), *Word and Image in Maya Culture: Explorations in Language, Writing, and Representation*, University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 272- 286.
- Ashmore, W. (1991). Site-planning principles and concepts of directionality among the ancient Maya. *Latin American Antiquity* 2: 199-226.
- Ashmore, W., and Knapp, A. B. (eds.) (1999). *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell Publishers, Malden, MA.
- Aston, M. (1985). *Interpreting the Landscape: Landscape Archaeology in Local Studies*. Batsford, London.
- Atran, S. (1990). *Cognitive Foundations of Natural History: Towards an Anthropology of Science*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Aveni, A. F. (1986). The Nazca lines: Patterns in the desert. *Archaeology* 39(4): 32-39.
- Aveni, A. F. (1991). Mapping the ritual landscape: Debt payment to Tlaloc during the month of Atlcahualo. In Carrasco, D. (ed.), *To Take Place: Aztec Ceremonial Landscapes*. University Press of Colorado, Niwot, CO, pp. 58-73.
- Balkansky, A. K. (1998). Urbanism and early state formation in the Huamelulpan Valley of southern Mexico. *Latin American Antiquity* 9: 37-67. .
- Barren, J. C. (1988). The living, the dead, and the ancestors: Neolithic and Early Bronze Age mortuary practices. In Barren, J. C., and Kinnes, I. A. (eds.), *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age*, Department of Archaeology and Prehistory, University of Sheffield, Sheffield, pp. 30-41.
- Barrett, J. C. (1991). Towards an archaeology of ritual. In Garwood, P., Jennings, D., Skeates, R., and Toms, J. (eds.), *Sacred and Profane*, Oxford University Committee for Archaeology, Oxford, pp. 1-9.
- Barrett, J. C. (1994). *Fragments of Antiquity*, Blackwell, Oxford.
- Barrett, J. C., Bradley, R., and Green, M. (eds.) (1991). *Landscape. Monuments. and Society: The Prehistory of Cranborne Chase*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Barth, F. (1969). *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Culture Difference*, Little Brown, Boston.
- Barton, C. M., Bernabeu, J., Aura, J. E., and García, O. (1999). Land-use dynamics and sociopolitical change: An example from the Polopalto Valley. *American Antiquity* 64: 609-634.
- Basso, K. H. (1996). *Wisdom Sits in Places: Landscape and Language Among the Western Apache*, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- Bateson, G. (1978). The pattern which connects. *The Co-Evolution Quarterly* Summer: 4-15.
- Bell, C., and Newby, H. (1978). Community, communion, class and community action: The social sources of the new urban politics. In Herbert, D. T., and Johnson, R. J. (eds.), *Social Areas in Cities: Processes, Patterns and Problems*, John Wiley, Chichester, pp. 283-302.
- Bender, B. (ed.) (1993a). *Landscape: Politics and Perspectives*, Berg, Oxford.
- Bender, B. (1993b). Stonehenge-contested landscape (medieval to present-day). In Bender, B. (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*, Berg, Oxford, pp. 245- 279.
- Bender, B. (1998). *Stonehenge: Making Space*, Berg, New York.
- Bender, B., Hamilton, S., and Tilley, C. (1997). Leskernick: Stone worlds; alternative narrative; nested landscapes. *Proceedings of the Prehistoric Society* 63: 147-178.
- Benedict, R. (1934). *Patterns of Culture*, Houghton Mifflin, Boston.
- Berlin, B. (1973). The relation of folk systematics to biological classification and nomenclature. *Annual Review of Systematics and Ecology* 4: 259-271.
- Berlin, B., Breedlove, D., and Raven, P. (1974). General principles of classification and nomenclature in folk biology. *American Anthropologist* 75: 214-242.
- Bertalanffy, L. van. (1968). *General Systems Theory: Foundation. Development, Applications*, G. Braziller, New York, and Allen Lane, London.
- BILLMAN, B. R., AND FEINMAN, G. M. (eds.) (1999). *Settlement Studies in the Americas: Fifty Years since Virú*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.

- Binford, L. R. (1972). *An Archaeological Perspective*, Seminar Press, New York.
- Binford, L. R. (1980). Willow smoke and dog's tails: Hunter-gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity* 45: 4-20.
- Binford, L. R. (1982). The archaeology of place. *Journal of Anthropological Archaeology* 1: 5-31. Binford, L. R. (1983). *Working at Archaeology*, Academic Press, New York.
- Blanton, R. E. (1978). *Monte Alban: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*, Academic Press, New York.
- Blanton, R. E., Kowalewski, S. A., Feinman, G. M., and Finsten, L. (1993). *Ancient Mesoamerica: A Comparison of Change in Three Regions*, 2nd edn., Cambridge University Press, Cambridge.
- Boone, J. L. (1994). Is it evolution yet?: A critique of "Darwinian archeology." Paper presented at the 59th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Anaheim.
- Bourdieu, P. (1977). *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, Cambridge. Bradley, R. (1993a). Archaeology: The loss of nerve. In Yoffee, N., and Sherratt, A. (eds.), *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda?* Cambridge University Press, Cambridge, pp. 131-133.
- Bradley, R. (1993b). *Altering the Earth*, Monograph Series, No. 8, Society of Antiquaries of Scotland, Edinburgh.
- Bradley, R. (1997). *Rock Art and the Prehistory of Atlantic Europe*, Routledge, London.
- Bradley, R. (1998a). *The Significance of Monuments: On the Shaping of Human Experience in Neolithic and Bronze Age Europe*, Routledge, London.
- Bradley, R. (1998b). Ruined buildings, ruined stones: Enclosures, tombs and natural places in the Neolithic of south-west England. *World Archaeology* 30: 13-22.
- Bradley, R., and Chambers, R. (1988). A new study of the cursus complex at Dorchester on Thames. *Oxford Journal of Archaeology* 7: 271-289.
- Braidwood, R. J. (1968). Archaeology: An introduction. *Encyclopedia Britannica* 2: 225-227.
- Braidwood, R. J. (1974). The Iraq Jarmo project. In Willey, G. R. (ed.), *Archaeological Researches in Retrospect*, Winthrop, Cambridge, pp. 59-83.
- Brand, S. (1994). *How Buildings Learn: What Happens After They're Built*, Viking, New York.
- Braun, D. P., and Plog, S. (1982). Evolution of "tribal" networks: Theory and prehistoric North American evidence, *American Antiquity* 47: 504-525.
- Broda, J. (1991). The sacred landscape of Aztec calendar festivals: Myth, nature, and society. In Carrasco, D. (ed.), *To Take Place: Aztec Ceremonial Landscapes*, University Press of Colorado, Niwot, CO, pp. 74-120.
- Bronitsky, G., Marks, A., and Burelson, C. (1985). Baptists and boundaries: Lessons from Baptist material culture. In Green, S. W., and Perlman, S. M. (eds.), *The Archaeology of Frontiers and Boundaries*, Academic Press, San Diego, pp. 325-340.
- Brumann, C. (1999). Writing for culture: Why a successful concept should not be discarded. *Current Anthropology* 40 (Suppl.): SI-S27.
- Brumley, J. H. (1988). *Medicine Wheels of the Northern Plain: A Summary and Appraisal*, Manuscript Series, No. 12, Archaeological Survey of Alberta.
- Buttimer, A. (1971). *Society and Milieu in the French Geographic Tradition*. Association of American Geographers, Chicago.
- Buttimer, A. (1974). *Values in Geography*. Resource Paper. No. 24. Commission on College Geography Association of American Geographers, Washington, DC.
- Butzer, K. W. (1971). *Environment and Archeology: An Ecological Approach to Prehistory*, Aldine, Chicago.
- Butzer, K. W. (1982). *Archaeology as Human Ecology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Butzer, K. W. (~1994). Toward a cultural curriculum for the future: A first approximation. In Foote, K. E., Huggins, P. J., Mathewson, K., and Smith, J. M. (eds.), *Re-Reading Cultural Geography*. University of Texas Press, Austin, pp. 409-428.
- Caldwell, J. R. (1958). *Trend and Tradition in the Prehistory of the Eastern United States*. Memoir, No. 88, American Anthropological Association, Menasha, WI.
- Caldwell, J. R. (1959). The new American archaeology. *Science* 129: 303-307.

- Carmichael, D. L., Hubert, J., Reeves, B., and Schanche, A. (eds.) (1994). *Sacred Sites, Sacred Places. One World Archaeology. Vol. 23.* Routledge, London.
- Carrasco, D. (ed.) (1991). *To Change Place: Aztec Ceremonial Landscapes*, University Press of Colorado, Niwott, CO.
- Carroll, C. (1993). Administering federal laws and regulations relating to Native Americans: Practical processes and paradoxes. *Cultural Resource Management* 16 (Special issue: Traditional cultural properties): 16-21.
- Casey, E. S. (1996). How to get from space to place in a fairly short stretch of time: Phenomenological prolegomena. In Feld, S., and Basso, K. H. (eds.), *Senses of Place*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 13-52.
- Chang, K. C. (1958). Study of the Neolithic social grouping: Examples from the New World. *American Anthropologist* 60: 298-334.
- Chang, K. C. (1963). *The Archaeology of Ancient China*, Yale University Press, New Haven.
- Chang, K. C. (1967). Major aspects of the interrelationship of archaeology and ethnography. *Current Anthropology* 8: 227-243.
- Cherry, J. F. (1983). Frogs round the pond: Perspectives on current archaeological survey projects in the Mediterranean region. In Keller, D. R., and Rupp, D. W. (eds.), *Archaeological Survey in the Mediterranean Area*, International Series, No. 155, British Archaeological Reports, Oxford, pp. 394-397.
- Cherry, J. F., Davis, J. L., Demitrack, A., and Mantzourani, E., Strasser, T. F., and Talalay, L. E. (1988). Archaeological survey in an artifact-rich landscape: A Middle Neolithic example from Nemea, Greece. *American Journal of Archaeology* 92: 159-176.
- Cherry, J. F., Davis, J. L., and Mantzourani, E. (1991). *Landscape Archaeology as Long-Term History: Northern Keos in the Cycladic Islands from Earliest Settlement until Modern Times*. Monumenta Archaeologica 16, UCLA Institute of Archaeology, Los Angeles.
- Childe, V. G. (1928). *The Most Ancient East: The Oriental Prelude to European Prehistory*, Routledge and Kegan Paul, London.
- Childe, V. G. (1952). *New Light on the Most Ancient East*, 4th edn., Routledge and Kegan Paul, London.
- Chorley, R. J., and Haggett, P. H. (1967). *Models in Geography*, Methuen, London.
- Christaller, W. (1966). *Central Places in Southern Germany* (Baskin, C. W., trans.), Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ.
- Clark, A. N. (1998). *Dictionary of Geography*, 2nd edn., Penguin, London.
- Clark, J. E., and Parry, W. J. (1990). Craft specialization and cultural complexity. *Research in Economic Anthropology* 12: 289-346.
- Clark, G. A. (1993). Paradigms in science and archaeology. *Journal of Archaeological Research*, 1: 203-234.
- Clark, J. G. D. (1933). Review of the 'The Personality of Britain.' *Antiquity* 7: 323-234. Clark, J. G. D. (1939). *Archaeology and Society*, Methuen, London.
- Clarke, D. L. (ed.) (1968). *Analytical Archaeology*, Methuen, London.
- Clarke, D. L. (ed.) (1972). Models and paradigms in contemporary archaeology. In Clarke, D. L. (ed.), *Models in Archaeology*, Methuen, London, pp. 1-60.
- Clarke, D. L. (ed.) (1977). *Spatial Archaeology*, Academic Press, London.
- Cleere, H. (1995). Cultural landscapes as world heritage. *Conservation and Management of Archaeological Sites* 1: 63-68.
- Coe, W. R. (1967). *Iikal: A Handbook of the Ancient Maya Ruins*, University Museum, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- Connor, S. W. (1982). Archaeology of the Crow Indian vision quest. *Archaeology in Montana* 23(3): 85-127.
- Cordell, L. S., and Yannie, V. J. (1991). Ethnicity, ethnogenesis, and the individual: A processual approach toward dialogue. In Preucel, R. W. (ed.), *Processual and Postprocessual Archaeologies: Multiple Ways of Knowing the Past*, Occasional Paper, No. 10, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale, pp. 96-107.
- Cosgrove, D. E. (1984). *Social Formation and Symbolic Landscape*, Croom Helm, London.
- Cosgrove, D. E. (1985). Prospect, perspective and the evolution of the landscape idea. *Transactions of the Institute of British Geographers* 10: 45-62.

- Cosgrove, D. E. (1994). Cultural landscape. In Johnston, R. J., Gregory, D., and Smith, D. M. (eds.), *The Dictionary of Human Geography*, 3rd edn., Blackwell, Oxford, pp. 114-115.
- Cosgrove, D. E., and Daniels, S. (1988). *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Cowgill, G. L. (1993). Distinguished lecture in archeology: Beyond criticizing New Archeology. *American Anthropologist* 95: 551-573.
- Cowley, J. (1991). Canyon de Chelly—an ethnographic landscape. *Cultural Resource Management* 14(6): 10-11.
- Cowley, J. (1994). The O'Keefe landscape: Setting the stage for interpretation. *Cultural Resource Management* 17(7): 28-31.
- Crawford, O. G. S. (1912). The distribution of early Bronze Age settlements in Britain. *Geographical Journal* 40: 184-203.
- Crawford, O. G. S. (1922). Prehistoric geography. *Geographical Review* 12: 257-263.
- Crumley, C. L. (1994). Historical ecology: A multidimensional ecological orientation. In Crumley, C. L. (ed.), *Historical Ecology: Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 1-16.
- Crumley, C. L., and Marquardt, W. H. (1987). *Regional Dynamics: Burgundian Landscapes in Historical Perspective*, Academic Press, San Diego.
- Crumley, C. L., and Marquardt, W. H. (1990). Landscape: A unifying concept in regional analysis. In Allen K. M. S., Green, S. W., and Zubrow, E. B. W. (eds.), *Interpreting Space: GIS and Archaeology*, Taylor and Francis, London, pp. 73-79.
- Cushman, D. W. (1993). When worlds collide: Indians, archaeologists, and the preservation of traditional cultural properties. *Cultural Resource Management* 16 (Special issue: Traditional cultural properties): 49-54.
- Daniel, G. E. (1964). *The Idea of Prehistory*, 2nd edn., Penguin, Harmondsworth, England.
- Daniels, S. (1989). Marxism, culture and the duplicity of landscape. In Peet, R., and Thrift, N. (eds.), *New Models in Geography: The Political-Economy Perspective*. Unwin-Hyman, London, pp. 196-220.
- Darvill, T. (1997). Ever increasing circles: Sacred geographies of Stonehenge and its landscape. *Proceedings of the British Academy* 92: 167-202.
- Deetz, J. (1990). Landscapes as cultural statements. In Kelso, W. M., and Most, R. (eds.), *Earth Patterns: Essays in Landscape Archaeology*, University Press of Virginia, Charlottesville and London, pp. 2-4.
- Deleuze, G., and Guattari, F. (1986). *Nomadology* (Massumi, B., trans.), Semiotexte, New York.
- Dewar, R. E. (1992). Incorporating variation in occupation span in settlement-pattern analysis. *American Antiquity*, 56: 604-620.
- Domosh, M. (1995). The symbolism of the skyscraper: Case studies in New York's first tall buildings. In Foote, K. E., Hugill, P. J., Mathewson, K., and Smith, J. M. (eds.), *Re-Reading Cultural Geography*, University of Texas Press, Austin, pp. 48-63.
- Duke, P. (1995). Working through theoretical tensions in contemporary archaeology: A practical attempt from southwestern Colorado. *Journal of Archaeological Research* 2: 201-229.
- Duncan, J. (1994). Landscape. In Johnston, R. J., Gregory, D., and Smith, D. M. (eds.), *The Dictionary of Human Geography*, 3rd edn., Blackwell, Oxford, pp. 316, 317.
- Dunnell, R. C. (1992). The notion site. In Rossignol, J., and Wandsnider, L. (eds.), *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, Plenum Press, New York, pp. 21-41.
- Dunnell, R. C., and Dancy, W. S. (1983). The siteless survey: A regional scale data collection strategy. In Schiffer, M. B. (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 6, Academic Press, New York, pp. 267-287.
- Dunning, N., Scarborough, V., Valdez, F., Jr., Luzzadder-Beach, S., Beach, T., and Jones, J. G. (1999). Temple mountains, scared lakes, and fertile fields: Ancient Maya landscapes in northwestern Belize. *Antiquity* 73: 650-660.
- Earle, T. K., and Preucel, R. W. (1987). Processual archaeology and the radical critique. *Current Anthropology* 28: 501-538.
- Ebert, J. I. (1992). *Distributional Archaeology*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

- Echo-Hawk, R. C. (1997). Forging a new ancient history for Native America. In Swidler, N., Dongoske, K. E., Anyon, R., and Downer, A. S. (eds.), *Native Americans and Archaeologists: Stepping Stones to Common Ground*, Altamira Press, Walnut Creek, CA, pp. 88-102.
- Echo-Hawk, R. C. (2000). Ancient history in the New World: Integrating oral traditions and the archaeological record. *American Antiquity* 65: 267-290.
- Eddy, J. A. (1974). Astronomical alignment of the Big Horn Medicine Wheel. *Science* 184: 1035-1043.
- Eddy, J. A. (1977). Medicine wheels and Plains Indian astronomy. In Aveni, A. F. (ed.), *Native American Astronomy*, University of Texas Press, Austin, pp. 147-169.
- Emberling, G. (1997). Ethnicity in complex societies: Archaeological perspectives. *Journal of Archaeological Research* 5: 295-344.
- Entrikin, J. N. (1976). Contemporary humanism in geography. *Annals of the Association of American Geographers* 66: 615-632.
- Entrikin, J. N. (1991). *The Betweenness of Place: Towards a Geography of Modernity*, John Hopkins University Press, Baltimore.
- Erickson, C. L. (1999). Neo-environmental determinism and agrarian "collapse" in Andean prehistory. *Antiquity* 73: 634-672.
- Feinman, G. M. (1994). Social boundaries and political change: A comparative view from ancient Mesoamerica. In Stein, G. J., and M. S. Rothman (eds.), *Chiefdoms and Early States in the Near East: The Organizational Dynamics of Complexity*, Prehistory Press, Madison, WI, pp. 225- 236.
- Feinman, G. M. (1999). Defining a contemporary landscape approach: Concluding thoughts. *Antiquity* 73: 684-685.
- Feinman, G. M., and Nicholas, L. M. (1990). At the margins of the Monte Albán state: Settlement patterns in the Ejutla Valley, Oaxaca, Mexico. *Latin American Antiquity* 1: 216-246.
- Feld, S., and Basso, K. H. (eds.) (1996a). *Senses of Place*, School of American Research Press, Santa Fe.
- Feld, S., and Basso, K. H. (1996b). Introduction. In Feld, S., and Basso, K. H. (eds.), *Senses of Place*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 3-11.
- Ferguson, T. J., Dongoske, K., Jenkins, L., Yeatts, M., and Polingyouma, E. (1993). Working together: The roles of archeology and ethnohistory in Hopi cultural preservation. *Cultural Resource Management* 16 (Special issue: Traditional cultural properties): 27-37.
- Hirsch, E., and O'Hanlon, M. (eds.) (1995). *The Archaeology of Landscape: Perspectives on Place and Space*, Clarendon Press, Oxford.
- Hodder, I. (1982). *Symbols in Action*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I. (1984). Burials, houses, women and men in the European Neolithic. In Miller, D., and Tilley, C. (eds.), *Ideology, Power; and Prehistory*, Cambridge University Press, New York, pp. 51-8.
- Hodder, I. (1985). Boundaries as strategies: An ethnoarchaeological study. In Green, S. W., and Perlman, S. M. (eds.), *The Archaeology of Frontiers and Boundaries*, Academic Press, San Diego, pp. 141-159.
- Hodder, I. (1986). *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I. (1987). Converging traditions: The search for symbolic meanings in archaeology and geography. In Wagstaff, I. M. (ed.), *Landscape and Culture: Geographical and Archaeological Perspectives*, Basil Blackwell, New York, pp. 134-145.
- Hodder, I. (1991). Interpretive archaeology and its role. *American Antiquity* 56: 7-18.
- Hodder, I., and Orton, C. (1976). *Spatial Analysis in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I., Shanks, M., Alexandri, A., Buchli, V., Carman, J., Last, J., and Lucas, G. (eds.) (1995). *Interpreting Archaeology: Finding Meaning in the Past*, Routledge, London.
- Hoskins, W. G. (1955). *The Making of the English Landscape*, Hodder and Stoughton, London.
- Hubert, J. (1994). Sacred beliefs and beliefs of sacredness. In Carmichael, D. L., Hubert, J., Reeves, B., and Schanche, A. (eds.), *One World Archaeology, Vol. 23: Sacred Sites, Sacred Places*, Routledge, London, pp. 9-19.
- Hugill, P. J., and Foote, K. E. (1995). Re-reading cultural geography. In Foote, K. E., Hugill, P. J., Mathewson, K., and Smith, I. M. (eds.), *Re-Reading Cultural Geography*, University of Texas Press, Austin, pp. 9-23.
- Hyslop, J. (1990). *Inka Settlement Planning*, University of Texas Press, Austin.

- Ingold, T. (1992). Culture and the perception of environment. In Croll, E., and Parkin, D. (eds.), *Bush Base: Forest Farm: Culture, Environment, and Development*, Routledge, London, pp. 39-56.
- Ingold, T. (1993). The temporality of landscape. *World Archaeology* 25: 152-174.
- Jackson, J. B. (1980). *The Necessity for Ruins, and Other Topics*, The University of Massachusetts Press, Amherst.
- Jackson, J. B. (1984). *Discovering the Vernacular Landscape*, Yale University Press, New Haven. Jackson, J. B. (1994). *A Sense of Place, A Sense of Time*, Yale University Press, New Haven. Jackson, J. B. (1995). In search of the proto-landscape. In Thompson, G. F. (ed.), *Landscape in America*, University of Texas Press, Austin, pp. 43-50.
- Johnson, G. A. (1975). Locational analysis and the investigation of Uruk local exchange systems. In Sabloff, J. A., and Lamberg-Karlovsky, C. C. (eds.), *Ancient Civilization and Trade*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 285-339.
- Johnson, G. A. (1977). Aspects of regional analysis in archaeology. *Annual Review of Anthropology* 6: 479-508.
- Johnston, R. J. (1994). Community. In Johnston, R. J., Gregory, D., and Smith, D. M. (eds.), *The Dictionary of Human Geography*, 3rd edn., Blackwell, Oxford, pp. 80-81.
- Jojola, T. S. (1990). Modernization and Pueblo lifeway: Isleta Pueblo. In Markovich, N. C., Perciser, W. F. E., and Sturm, F. G. (eds.), *Pueblo Style and Regional Architecture*, Van Nostrand Reinhold, New York, pp. 78-99.
- Jorgensen, J., G. (1972). *The Sun Dance Religion: Power for the Powerless*, University of Chicago Press, Chicago.
- Julien, D. G. (1993). Late pre-Inkaic ethnic groups in highland Peru: An archaeological-ethnohistorical model of the political geography of the Cajamarca region. *Latin American Antiquity* 43: 246-273.
- Kapferer, B. (1988). *Legends of People. Myths of State*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.
- Kehoe, T., and Kehoe, A. (1977). Stones, Solstices, and Sun Dance structures. *Plains Anthropologist* 76: 85-95.
- Kelley, K. B., and Francis, H. (1994). *Navajo Sacred Places*, Indiana University Press, Bloomington. Kelso, W. M., and Most, R. (eds.) (1990). *Earth Patterns: Essays in Landscape Archaeology*, University Press of Virginia, Charlottesville and London.
- Kirch, P. V. (1980). The archaeological study of adaptation: Theoretical and methodological issues. In Schiffer, M. B. (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 3, Academic Press, New York, pp. 101-156.
- Kirch, P. V. (1994). *The Wet and the Dry: Irrigation and Agricultural Intensification in Polynesia*. University of Chicago Press, Chicago.
- Kirch, P. V. (1997). Microcosmic histories: Island perspectives on "global" change. *American Anthropologist* 99: 30-42.
- Kirch, P. V., and Hunt, T. L. (eds.) (1997). *Historical Ecology in the Pacific Islands: Prehistoric Environmental and Landscape Change*, Yale University Press, New Haven.
- Knapp, A. B. (1996). Archaeology without gravity: Postmodernism and the past. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2: 127-158.
- Knapp, A. B., and Ashmore, W. (1999). Archaeological landscapes: Constructed, conceptualized, ideational. In Ashmore, W., and Knapp, A. B. (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell Publishers, Malden, MA, pp. 1-30.
- Kolata, A. L. (ed.) (1996). *Iwanaku and Its Hinterlands: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization. Vol. 1: Agroecology*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.
- Kowalewski, S. A., Blanton, R. E., Feinman, G., and Finsten, L. (1983). Boundaries scale and internal organization. *Journal of Anthropological Archaeology* 2: 32-56.
- Kowalewski, S. A., Feinman, G. M., Finsten, L., Blanton, R. E., and Nicholas, L. M. (1989). *Monte Albán's Hinterland. Part 1: The Prehispanic Settlement Patterns in Tlacolula, Etla, and Ocotlán, the Valley of Oaxaca, Mexico*, Memoirs, No. 23, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Kroeber, A. (1923). *Anthropology*, Harcourt, Brace, New York.
- Kroeber, A. (1939). *Cultural and Natural Areas of Native North America*, Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 38, University of California, Berkeley.

- Kroeber, A., and Kluckhohn, C. (1952). *Culture: A critical Review of Concepts and Definitions*, Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology. No. 47, Harvard University. Cambridge.
- Küchler, S. (1993). Landscape as memory: The mapping of process and its representation in a Melanesian society. In Bender, B. (ed.), *Landscape Politics and Perspectives*, Berg, Providence, pp. 85-106.
- Kuhn, T. S. (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*, 2nd edn., University of Chicago Press, Chicago.
- Kvamme, K. L. (1999). Recent directions and developments in geographical information systems. *Journal of Archaeological Research* 7: 153-201.
- Lakoff, G. (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*, University of Chicago Press, Chicago.
- Lakoff, G., and Johnson, M. (1980). *Metaphors We Live By*, University of Chicago Press, Chicago.
- Lekson, S. H. (1996). Landscape with ruins: Archaeological approaches to built and unbuilt environments. *Current Anthropology* 37: 886-892.
- Lekson, S. H. (1999). *The Chaco Meridian: Centers of Political Power in the American Southwest*, Altamira Press, Walnut Creek, CA.
- Leonard, R. D., and Reed, H. E. (1993). Population aggregation in the prehistoric American Southwest: A selectionist model. *American Antiquity* 58: 648-661.
- Leone, M. P. (1984). Interpreting ideology in historical archaeology: Using the roles of perspective in the William Paca Garden in Annapolis, Maryland. In Miller, D., and Tilley (eds.), *Ideology, Power, and Prehistory*, Cambridge University Press, New York, pp. 25-35.
- Levine, F., and Merlan, T. W. (1993). Documenting traditional cultural properties in non-Indian communities. *Cultural Resource Management* 16 (Special issue: Traditional cultural properties): 55-59. 64.
- Ley, D., and Samuels, M. S. (eds.) (1978), *Humanistic Geography*, Maaroufa, Chicago.
- Lewis, P. B. (1979). Axioms for reading the landscape: Some guides to the American scene. In Meinig, D. W. (ed.), *The Interpretation of Ordinary Landscapes: Geographical Essays*, Oxford University Press, New York, pp. 11-32.
- Lightfoot, K. G., and Martinez, A. (1995). Frontiers and boundaries in archaeological perspective. *Annual Review of Anthropology* 24: 471-492.
- Linares, O. F. (1977). *Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, Vol. 17: Ecology and the Arts in Ancient Panama: On the Development of Social Rank and Symbolism in the Central Provinces*, Dumbarton Oaks, Washington, DC.
- Lipe, W. D., Varien, M. D., and Wilshusen, R. H. (eds.) (2000). *Colorado Prehistory: A Context for the Southern Colorado River Basin*, Colorado Council of Professional Archaeologists, Denver.
- Lipo, C. P., Madsen, M. E., Dunnell, R. C., and Hunt, T. (1997). Population, structure, cultural transmission, and frequency seriation. *Journal of Anthropological Archaeology* 16: 301-333.
- Longacre, W. A. (ed.) (1991). *Ceramic Ethnoarchaeology*, University of Arizona Press, Tucson.
- Lowie, R. (1922). *The Religion of the Crow Indians*, Anthropological Papers No. 25(2), American Museum of Natural History, New York.
- Lycett, M. (1995). *Archaeological Implications of European Contact: Demography, Settlement, and Land Use in the Middle Rio Grande Valley, New Mexico*, Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of New Mexico, University Microfilms, Ann Arbor.
- Marcus, J. (1992). Dynamic cycles of Mesoamerican states. *National Geographic Research and Exploration* 8: 392-411.
- Marcus, J. (1998). The peaks and valleys of ancient states: An extension of the dynamic model. In FEINMAN, G. M., AND MARCUS, J. (EDS.), *Archaic States*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 59-94.
- Marcus, J., and Flannery, K. V. (1996). *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Thames and Hudson, London.
- Masterman, M. (1970). The nature of a paradigm. In Lakatos, I., and Musgrave, A. (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 59-89.
- McMann, J. (1994). Forms of power: Dimensions of an Irish megalithic landscape. *Antiquity* 68: 525-544.
- Meinig, D. W. (ed.) (1979a). *The Interpretation of Ordinary Landscapes: Geographical Essays*, Oxford University Press, New York.

- Meinig, D. W. (1979b). Reading the landscape: An appreciation of W. G. Hoskins and J. B. Jackson. In Meinig, D. W. (ed.), *The Interpretation of Ordinary Landscapes: Geographical Essays*, Oxford University Press, New York, pp. 195-244.
- Miller, N. F., and Gleason, K. L. (1994). *The Archaeology of Garden and Field*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- Milis, B. J., and Crown, P. L. (eds.) (1995). *Ceramic Production in the American Southwest*, University of Arizona Press, Tucson.
- Minnis, P. E. (1985). *Social Adaptation to Food Stress: A Prehistoric Southwestern Example*, University of Chicago Press, Chicago.
- Morrow, B. H. (1997). Notes on the landscape architecture of Anasazi communities. In Morrow, B. H., and Price, V. B. (eds.), *Anasazi Architecture and Design*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 159-167.
- Morphy, H. (1993). Colonialism, history, and the construction of place: The politics of landscape in northern Australia. In Bender, B. (ed.), *Landscape, Politics and Perspectives*, Berg, Providence, pp. 205-243.
- Morphy, H. (1995). Landscape and the reproduction of the ancestral past. In Hirsch, E., and O'Hanlon, M. (eds.), *The Anthropology of Landscape: Perspectives on Place and Space*, Clarendon Press, Oxford, pp. 184-209.
- Murra, J. V. (1982). The *mit'a* obligations of ethnic groups to the Inka state. In Collier, G. A, Rosaldo, R. I., and Wirth, J. D. (eds.), *The Inca and Aztec States 1400-1800: Anthropology and History*, Academic Press, New York, pp. 237-262.
- Nazarea, V. D. (ed.) (1999a). *Ethnoecology: Situated Knowledge/Located Lives*, University of Arizona Press, Tucson.
- Nazarea, V. D. (1999b). Lenses and latitudes in landscapes and lifespaces. In Nazarea, V. D. (ed.), *Ethnoecology: Situated Knowledge/Located Lives*, University of Arizona Press, Tucson, pp. 91- 106.
- Norton, W. (1989). *Explorations in the Understanding of Landscape: A Cultural Geography*, Contributions in Sociology, No. 77, Greenwood Press, New York.
- Olwig, K. (1996). Recovering the substantive meaning of landscape. *Annals of the Association of American Geographers* 86: 630-653.
- Oosten, J. (1997). Landscape and cosmology. *Archaeological Dialogues* 4: 152-154.JI:
- Ortiz, A. (1969). *The Tewa World: Space, Time, Being, and Becoming in a Pueblo Society*, University of Chicago Press, Chicago.
- Parcerro Oubiña, C., Criado Boado, G., and Santos Estévez, M. (1998). Rewriting landscape: Incorporating sacred landscapes into cultural traditions. *World Archaeology* 30: 159-178.
- Parker, P. L. (1993). Traditional cultural properties. *Cultural Resource Management* 16 (Special issue: Traditional cultural properties): 1-5.
- Parker, P. L., and King, T. F. (1990). *Guidelines for Evaluating and Documenting Traditional Cultural Properties*, National Register Bulletin 38, National Park Service.
- Parks, D. R., and Wedel, W. R. (1985). Pawnee geography: Historical and sacred. *Great Plains Quarterly* 5: 143-176.
- Parsons, J. R. (1971). *Prehispanic Settlement Patterns in the Texcoco Region. Mexico*. Memoirs. No, 3, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Paynter, R. (2000). Historical archaeology and the post-Columbian world of North America. *Journal of Archaeological Research* 8: 169-217.
- Peckham, S. (1990). *From this Earth: The Ancient Art of Pueblo Pottery*. Museum of New Mexico Press, Santa Fe.
- Penning-Rowsell, E. C., and Lowenthal, D. (eds.) (1986). *Landscape Meanings and Values*, Allen and Unwin, London.
- Plog, F. (1974). *The Study of Prehistoric Change*, Academic Press, New York.
- Pred, A. (1984). Place as historically contingent process: Structuration and the time-geography of becoming places. *Annals of the Association of American Geographer* 74: 279-297.
- Pred, A. (1990). *Making Histories and Constructing Human Geographies*. Westview Press. Boulder. CO.
- Preucel, R. W. (1990). *Seasonal Circulation and Dual Residence in the Pueblo Southwest: A Prehistoric Example from the Pajarito Plateau, New Mexico*, Garland Publishing, New York.

- Preucel, R. W. (ed.) (1991). *Processual and Postprocessual Archaeologies: Multiple Ways of Knowing the Past*, Occasional Paper, No. 10, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale.
- Preucel, R. W. (1998). Cultural landscapes and southwestern archaeology: Theory and practice. Paper presented at the 63rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Seattle.
- Price, V. B. (1997). Epilogue. In Morrow, B. H., and Price, V. B. (eds.), *Anasazi Architecture and Design*, University of New Mexico Press, Albuquerque, pp. 227-229.
- Rainey, R. M. (1997). Hallowed grounds and rituals of remembrance: Union regimental monuments at Gettysburg. In Groth, P., and Bressi, T. W. (eds.), *Understanding Ordinary Landscapes*. Yale University Press, New Haven, pp. 67-80.
- Rambo, A. T. (1991). The study of cultural evolution. In Rambo, A. T., and Gillogly, K. (eds.), *Profiles in Cultural Evolution: Papers from a Conference in Honor of Elman R. Service*, Anthropological Papers, No. 85, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor, pp. 23-109.
- Ramsden, P., Zvelebil, M., Macklin, M. G., and Passmore, D. G. (1995). Stone Age settlement in southeastern Ireland. *Current Anthropology* 36: 330-332.
- Rapoport, A. (1990). *History and Precedent in American Design*, Plenum Press, New York.
- Rappaport, J. (1989). Geography and historical understanding in indigenous Colombia. In Layton, R. (ed.), *Who Needs the Past?* Routledge, London, pp. 84-94.
- Rappaport, R. A. (1968). *Pigs for the Ancestors: Ritual in the Ecology of a New Guinea People*, Yale University Press, New Haven.
- Rappaport, R. A. (1979). *Ecology, Meaning, and Religion*, North Atlantic Books, Richmond, CA.
- Rappaport, R. A. (1999). *Ritual and Religion in the Making of Humanity*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Reeves-Smyth, T., and Hamond, F. (eds.) (1983). *Landscape Archaeology in Ireland*, BAR British Series, No. 116, British Archaeological Reports, Oxford.
- Reid, J. J. (1997). Return to migration, population movement, and ethnic identity in the American Southwest: A peer reviewer's thoughts on archaeological inference. In Whittlesey, S. M., Ciolek-Torrello, R., and Altschul, J. H. (eds.), *Vanishing River: Landscapes and Lives of the Lower Verde Valley. The Lower Verde Valley Archaeological Project: Overview, Synthesis, and Conclusions*. SRI Press, Tucson, pp. 629-638.
- Relph, E. (1976). *Place and Placelessness*, Pion, London.
- Relph, E. (1985). Geographical experience and being-in-the-world: The phenomenological origins of geography. In Seamon, D., and Mugerauer, R. (eds.), *Dwelling, Place and Environment: Towards a Phenomenology of Person and World*, Maninus Nihoff, Dordrecht, Netherlands.
- Renfrew, C. (1982). *Inaugural Lecture: Towards an Archaeology of Mind*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Richards, C. (1990). Monuments as landscape: Creating the centre of the world in late Neolithic Orkney. *World Archaeology* 22: 190-208.
- Richards, C. (1996). Henges and water: Toward an elemental understanding of monumentality and ~ landscape in late Neolithic Europe. *Journal of Material Culture* 1: 313-336.
- Robb, J. G. (1998). The ritual landscape concept in archaeology: A heritage construction. *Landscape Research* 23: 159-175.
- Roberts, B. K. (1987). Landscape archaeology. In Wagstaff, J. M. (ed.), *Landscape and Culture: Geographical and Archaeological Perspectives*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 77-95.
- Roberts, B. K. (1996). *Landscapes of Settlement: Prehistory to the Present*, Routledge, London.
- Rosaído, R. (1988). Ideology, place, and people without culture. *Cultural Anthropology* 3 (1): 77- 87.
- Rossignol, J., and Wandsnider, L. (eds.) (1992). *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, Plenum Press, New York.
- Rouse, I. (1965). The place of "peoples" in prehistoric research. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 95: 1-15.
- Sabloff, J. A. (1983). Classic Maya settlement patterns studies: Past problems, future prospects. In Vogt, E. Z., and Leventhal, R. M. (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*,

- University of New Mexico Press, Albuquerque, and Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, pp. 413-422.
- Sabloff, J. A. (1998). Distinguished lecture in archeology: Communication and the future of American archaeology. *American Anthropologist* 100: 869-875.
- Sanders, W. T. (1965). The cultural ecology of the Teotihuacan Valley: A preliminary report of the results of the Teotihuacan Valley Project, Manuscript on file, Department of Anthropology, Pennsylvania State University, University Park.
- Sanders, W. T., Parsons, J. T., and Santley, R. S. (1979). *The Basin of Mexico: Ecological Process in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York.
- Sauer, C. O. (1925). The morphology of landscape. *University of California Publications in Geography* 2: 19-53.
- Scarborough, V. L., Becher, M. E., Baker, J. L., Harris, G., and Valdez, F. Jr. (1995). Water and land at the ancient Maya community of La Milpa. *Latin American Antiquity* 62: 98-119.
- Schacht, R. M. (1984). The contemporaneity problem. *American Antiquity* 49: 678-695.
- Schieck, C. L., Mack, S. R., and Dorshow, W. B. (2000). *A Final Data Treatment Plantar the Phase Impact Area: Gachupin North*, Research Series 444b, Southwest Archaeological Consultants, Santa Fe.
- Schlanger, S. H. (1992). Recognizing persistent places in Anasazi settlement systems. In Rossignol, J., and Wandsnider, L. (eds.), *Space, Time, and Archaeological Landscapes*, Plenum Press, New York, pp. 91-112.
- Schortman, D. E., and Nakamura, S. (1991). A crisis of identity: Late Classic competition and interaction on the southeast Maya periphery. *Latin American Antiquity* 2: 311-336.
- Schortman, D. E., and Urban, P. A. (eds.) (1992). *Resources. Power and Interregional Interaction*, Plenum, New York.
- Schortman, D. E., and Urban, P. A. (1994). Living on the edge: Core/periphery relations in ancient southeastern Mesoamerica. *Current Anthropology* 35: 401-430.
- Shore, B. (1996). *Culture and Mind: Cognition, Culture and the Problem of Meaning*, Oxford University Press, Oxford.
- Skibo, J. M., Walker, W. H., and Nielsen, A. E. (eds.) (1995). *Expanding Archaeology*, University of Utah Press, Salt Lake City.
- Snead, J. E. (1995). *Beyond Pueblo Walls: Community and Competition in the Northern Rio Grande, A.D. 1300-1400*, Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles, University Microfilms, Ann Arbor.
- Soja, E. (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Theory*, Verso, London.
- Spencer, C. S., and Redmond, E. M. (1997). *Archaeology of the Cañada de Cuicatlán, Oaxaca*, Anthropology Papers, No. 80, American Museum of Natural History, New York.
- Spores, R. (1969). Settlement, farming technology, and environment in the Nochixtlan Valley. *Science* 166: 557-569.
- Stark, B. L., and Arnold, P. J. (eds.) (1997). *Olmec to Aztec: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, University of Arizona Press, Tucson.
- Stark, M. T., Clark, J. L., and Elson, M. D. (1995).; Social boundaries and cultural identity in the Tonto Basin. In Elson, M. D., Stark, M. T., and Gregory, D. A. (eds.). *The Roosevelt Community Development Study: New Perspectives on Tonto Basin Prehistory*, Anthropological Papers, No. 15, Center for Desert Archaeology, Tucson, pp. 343-368.
- Stein, J. R., and Lekson, S. H. (1992). Anasazi ritual landscapes. In Doyle, D. E. (ed.), *Anasazi Regional Organization and the Chaco System*, Anthropological Papers. No. 5. Maxwell Museum of Anthropology, Albuquerque, pp. 87-100.
- Stilgoe, J. R. (1982). *Common Landscape of America. 1580-1845*, Yale University Press, New Haven.
- Stilgoe, J. R. (1998). *Outside Lies Magic: Regaining History and Awareness in Everyday Places* Walker and Company, New York.
- Stoddard, S., and Zubrow, E. (1999). Changing Places. *Antiquity* 73: 686-688.
- Stone, G. D. (1993). Agricultural abandonment: A comparative study in historical ecology. In Cameron, C. M., and Tomka, S. A. (eds.), *Abandonment of Settlements and Regions: Ethnoarchaeological and Archaeological Approaches*, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 74-81.

- Stone, G. D. (1996). *Settlement Ecology: The Social and Spatial Organization of Kofyar Agriculture*, University of Arizona Press, Tucson.
- Stone, G. D, and Downum, C. E. (2000). Non-Boserupian ecology and agricultural risk: Ethnic politics and land control in the arid Southwest. *American Anthropologist* 101: 113-128.
- Steward, J. H. (1937). Ecological aspects of southwestern society. *Anthropos* 32: 87-104. Steward, J. H. (1955). *Theory of Culture Change*, University of Illinois Press, Urbana.
- Struever, S. (1968). Woodland subsistence-settlement systems in the lower Illinois Valley. In Binford, L. R., and Binford, S. R. (eds.), *New Perspectives in Archeology*, Aldine, Chicago, pp. 285-312.
- Struever, S. (1971). Comments on archaeological data requirements and research strategy. *American Antiquity* 36: 9-19.
- Swentzell, R. (1990a). Conflicting landscape values: The Santa Clara Pueblo and Day School. In Groth, P., and Bressi, T. W. (eds.), *Understanding Ordinary Landscapes*, Yale University Press, New Haven, pp. 56-66.
- Swentzell, R. (1990b). Pueblo space, form, and mythology. In Markovich, N. C., Preiser, W. F. E., and Sturm, F. G. (eds.), *Pueblo Style and Regional Architecture*, Van Nostrand Reinhold, New York, pp. 23-30.
- Swidler, N., Dongoske, K. E., Anyon, R., and Downer, A. S. (eds.) (1997). *Native Americans and Archaeologists: Stepping Stones to Common Ground*, Altamira Press, Walnut Creek, CA.
- Taçon, P. S. C. (1994). Socializing landscapes: The long-term implications of signs, symbols, and marks on the land. *Archaeology in Oceania* 27: 117-129.
- Taçon, P. S. C. (1999). Identifying ancient sacred landscapes in Australia: From physical to social. In Ashmore, W., and Knapp, A. B. (eds.), *Archaeologies of Landscape: Contemporary Perspectives*, Blackwell Publishers, Malden, MA, pp. 33-57.
- Tallbull, W. V., and Deaver, S. (1997). Living human values. In Swidler, N., Dongoske, K. E., Anyon, R., and Downer, A. S. (eds.), *Native Americans and Archaeologists: Stepping Stones to Common Ground*, Altamira Press, Walnut Creek, CA, pp. 9-10.
- Teague, L. S. (1993). Prehistory and the traditions of the O'Odham and Hopi. *The Kiva* 58: 435-454. Tedlock, D. (1979). Zuni religion and world view. In Ortiz, A. (ed.), *Handbook of North American Indians. Vol. 9: Southwest*. Smithsonian Institution Press Washington, DC, pp. 499-508.
- Thomas, J. (1990). Some, other, analogue: Writing the past. In Baker, F., and Thomas, J. (eds.), *Writing the Past in the Present*, Department of Archaeology, St. David's University College, Lampeter, pp. 18-23.
- Thomas, J. (1993). The politics of vision and the archaeologies of landscape. In Bender, B. (ed.), *Landscape: Politics and Perspectives*, Berg, Oxford, pp. 19-48.
- Thomas, J. (1996). *Time. Culture. and Identity*, Routledge, London.
- Thompson, G. F. (ed.) (1995a). *Landscape in America*, University of Texas Press, Austin.
- Thompson, G. F. (1995b). A message to the reader. In Thompson, G. F. (ed.), *Landscape in America*, University of Texas Press, Austin, pp. xi-xiv.
- Thurston, T. L. (1999). The knowable, the doable and the undiscussed: Tradition, submission, and the "becoming" of rural landscapes in Denmark's Iron Age. *Antiquity* 73: 661-671.
- Tilley, C. (1994). *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths. and Monuments*, Berg, Oxford. Tilley, C. (1996). The power of rocks: Topography and monument construction on the Bodmin Moor. *World Archaeology* 28: 161-176.
- Townsend, J. (1992). Evaluating and documenting traditional cultural properties. *Cultural Resource Management* 15(3): 19,23.
- Trigger, B. G. (1978). *Time and Traditions: Essays in Archaeological Interpretation*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Trigger, B. G. (1986). Prehistoric archaeology and American society. In Meltzer, D. J., Fowler, D. D., and Sabloff, J. A. (eds.), *American Archaeology: Past and Future*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC, pp. 187-215.
- Trigger, B. G. (1989). *A History of Archaeological Thought*, Cambridge University Press, Cambridge. Trigger, B. G. (1991). Distinguished lecture in archeology: Constraint and freedom-a new synthesis for archeological explanation. *American Anthropologist* 93: 551-569.

- Tringham, R. E. (1991). Households with faces: The challenge of gender in prehistoric architectural remains. In Gero, J., and Conkey, M. (eds.), *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 93-131.
- Tuan, Y. F. (1974). *Topophilia: A Study of Environmental Perception. Attitudes. and Values*, Prentice- Hall, Englewood Cliffs, NJ.
- Tuan, Y. F. (1977). *Space and Place: The Perspective of Experience*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Taylor, E. B. (1871). *Primitive Culture: Researches into the Development of Mythology, Philosophy, Religion. Language. Art and Custom*, John Murray, London.
- Ucko, P. J., and Layton, R. (eds.) (1999). *The Archaeology and Anthropology of Landscape: Shaping Your Landscape*, Routledge, London.
- Vayda, A. P., and McCay, B. J. (1975). New directions in ecology and ecological anthropology. *Annual Review of Anthropology* 4: 293-306.
- Wagstaff, J. M. (ed.) (1987). *Landscape and Culture: Geographical and Archaeological Perspectives*, Basil Blackwell, New York.
- Wagner, P. L. (1995). Forward-culture and geography: Thirty years of advance. In Foote, K. E., Hugill, P. J., Mathewson, K., and Smith, J. M. (eds.), *Re-Reading Cultural Geography*, University of Texas Press, Austin, pp. 3-8.
- Wandsnider, L. (1998). Regional scale processes and archaeological landscape units. In Ramenofsky, A. F., and Steffen, A. (eds.), *Unit Issues in Archaeology: Measuring Time, Space, and Material*, University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 87-102.
- Watson, P. J. (1995). Archaeology, anthropology, and the culture concept. *American Anthropologist* 97: 683-694.
- Watts, M. (1994). Cultural ecology. In Johnston, R. J., Gregory, D., and Smith, D. M. (eds.), *The Dictionary of Human Geography*, 3rd edn., Blackwell, Oxford, pp. 110-111.
- Wauchope, R. (1956). *Seminars in Archaeology: 1955*, Memoir, No. 11, Society for American Archaeology, Salt Lake City.
- Wells, P. S. (1994). Changing models of settlement, economy, and ritual activity: Recent research in late prehistoric central Europe. *Journal of Archaeological Research* 2: 135-163.
- White, L. A. (1949). *The Science of Culture*, Grove Press, New York.
- White, L. A. (1959). The concept of culture. *American Anthropologist* 61: 227-251.
- Whitley, D. S. (1992). Prehistory and post-positivist science: A prolegomenon to cognitive archaeology. In Schiffer, M. B. (ed.), *Archaeological Method and Theory*, Vol. 4, University of Arizona Press, Tucson, pp. 57-100.
- Whittlesey, S. M. (1997). Archaeological landscapes: A methodological and theoretical discussion. In Whittlesey, S. M., Ciolek-Torrello, R., and Altschul, J. H. (eds.), *Vanishing River: Landscapes and Lives of the Lower Verde Valley. The Lower Verde Valley Archaeological Project: Overview, Synthesis, and Conclusions*, SRI Press, Tucson, pp. 17-28.
- Whittlesey, S. M., Ciolek-Torrello, R., and Altschul, J. H. (eds.) (1997). *Vanishing River: Landscapes and Lives of the Lower Verde Valley. The Lower Verde Valley Archaeological Project: Overview, Synthesis, and Conclusions*, SRI Press, Tucson.
- Whorf, B. L. (1956). Science and linguistics. In Carroll, J. B. (ed.), *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*, Massachusetts Institute of Technology Press, Cambridge, pp. 207-219.
- Wilkinson, C. F. (1992). *The Eagle Bird: Mapping a New West*, Pantheon Books, New York.
- Wilkinson, T. J. (1994). The structure and dynamics of dry-farming states in upper Mesopotamia. *Current Anthropology* 35: 483-520.
- Willey, G. R. (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Peru*, Bulletin, No. 155, Bureau of American Ethnology, Washington, DC.
- Willey, G. R. (1956). *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Viking Fund Publications in Anthropology, No. 23, New York.
- Willey, G. R. (1973). Man, settlement and urbanism, *Antiquity* 47: 269-279.
- Willey, G. R. (1974). The Virú Valley settlement pattern study. In Willey, G. R. (ed.), *Archaeological Researches in Retrospect*, Winthrop, Cambridge, pp. 147-176.

- Willey, G. R. (1983). Settlement patterns and archaeology: Some comments. In Vogt, E. Z., and Leventhal, R. M. (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns: Essays, in Honor of Gordon R. Willey*, University of New Mexico Press, Albuquerque, and Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge, pp. 445-462.
- Willey, G. R., and Phillips, P. (1958). *Method and Theory in American Archaeology*, University of Chicago Press, Chicago.
- Wilshusen, R. H., and S. G. Ortman (1999). Rethinking the Pueblo I period in the northern Southwest: Aggregation, migration, and cultural diversity. *The Kiva* 64: 369-399.
- Wilshusen, R. H., and Wilson, C. D. (1995). Reformatting the social landscape in the late Pueblo I - early Pueblo II period: The Cedar Hill data in regional context. In Wilshusen, R. H. (comp.), *The Cedar Hill Special Treatment Project: Late Pueblo I, Early Navajo, and Historic Occupations in Northwestern New Mexico*, Research Papers, No. 1, La Plata Archaeological Consultants, Dolores, CO, pp. 43-80.
- Wilson, D. J. (1988). *Prehispanic Settlement Patterns in the Lower Santa Valley, Peru: A Regional Perspective on the Origins and Development of Complex North Coast Society*, Smithsonian Institution Press, Washington, DC.
- Wolf, E. R. (1982). *Europe and the People without History*, University of California Press, Berkeley.
- Winterhalder, B. (1994). Concepts in historical ecology: The view from evolutionary theory. In Crumley, C. L. (ed.), *Historical Ecology: Cultural Knowledge and Changing Landscapes*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 17-41.
- Wylie, A. (1985). The reaction against analogy. In Schiffer, M. B. (ed.), *Advances in Archaeological Method and Theory*, Vol. 8, Academic Press, New York, 63-112.
- Wylie, A. (1993a). A proliferation of new archaeologies: "Beyond objectivism and relativism," In Yoffee, N., and Sherratt, A. (eds.), *Archaeological Theory: Who Sets the Agenda?* Cambridge University Press, Cambridge, pp. 20-26.
- Wylie, A. (1993b). Invented lands, discovered pasts: The westward expansion of myth and history. *Historical Archaeology* 27: 1-19.
- Yamin, R., and Metheny, K. B. (eds.) (1996). *Landscape Archaeology: Reading and Interpreting the American Historical Landscape*, University of Tennessee Press, Knoxville.
- Zedeño, M. N. (1997). Landscapes, land use, and the history of territory formation: An example from the puebloan Southwest. *Journal of Archaeological Method and Theory* 4: 67-103.
- Zedeño, M. N., Austin, D., and Stoffle, R. (1997). *Landmark and Landscape: A Contextual Approach to the Management of American Indian Resources*, Bureau of Applied Research in Anthropology, University of Arizona, Tucson.
- Zelinsky, W. (1973). *The Cultural Geography of the United States*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, NJ.
- Zelinsky, W. (1975). The demigod's dilemma. *Annals of the Association of American Geographers* 65: 123-143.
- Zube, E. H. (1994). Values and planning in arid/semi-arid landscapes: Conflict and compromise. *Mass* 10: 1-5.